Amores que matan

Historias de amor y terror

Lucía Laragione

Dedicatoria:
A Lisandro, el mayor, que sobrevive felizmente a mi amor de madre.

Agradecimientos:
A María, la del medio, que escuchó y me hizo buenas preguntas. A Juan, el menor, que me asesoró en mitología griega.

¡Esa niña es mía! ■

Hizo girar furiosamente el mapamundi. ¿Qué derecho tenía esa extraña a irrumpir así en su vida y en la de su papá? Porque eso era, una extraña. Mali, Niger, Chad, Sudán, Zaire, Zambia. Los nombres de los países africanos eran muy difíciles y la prueba de- geografía, mañana. Cluj. ¿Dónde quedaba Cluj? ¿Y a ella qué le importaba? No era eso lo que iban a tomarle. Sus ojos subieron hasta Europa. Cluj quedaba en Rumania. Su papá se lo había dicho. Exactamente en la tierra de Drácula, en Transilvania. Próxima a la antigua Yugoslavia que hoy se desangraba en la más cruel de las guerras. La prueba. ¡La prueba! Camerún. Gabón. Brazzaville. Se los olvidaría. Estaba segura. Su papá le había dicho que lo pensara muy bien, que era ella quien tenía que decidirlo. Ni un cuatro lograría sacarse. Mala suerte. El mapamundi quedó girando todavía, cuando cerró la puerta de un golpe.
Las veredas estaban cubiertas de hojas amarillas. El aire cié la tarde era fresco. Irina pedaleaba lentamente buscando despejarse. No entendía lo que le pasaba. Esa rara mezcla de rabia, impotencia,

ganas de llorar y, al mismo tiempo, curiosidad. ¡Todo por

culpa de esa extraña! En dos días su vida había cambiado totalmente. Desde la llegada de la carta. «No quiero irme de este mundo sin haberla conocido», esa línea escrita con una caligrafía nerviosa y menuda se dibujó en su memoria.
—¿Hubieras preferido que no te dijera nada? —le había preguntado su papá.
No, claro que no. No se lo habría perdonado. Confiaba en él ciegamente. Jamás le había fallado. Era «lo más». La madre la había abandonado cuando ella tenía unos pocos meses. Y nunca, nunca hasta la maldita carta, Irina había vuelto a saber de ella.
—¿Tomaste una decisión, hija? —la interrogó su papá mirándola a los ojos—. Sé que es difícil pero tienes que hacerlo.
—¡No quiero ir! —respondió ella, llena de rabia.
—Entiendo lo que sientes. Pero no me gustaría que el rencor te haga decidir algo irremediable —dijo él suavemente.
—Ha vivido todos estos años sin mí. ¿Por qué quiere conocerme ahora? —insistió al borde del llanto.
—Tal vez porque es su última oportunidad. ¿Y tú no tienes acaso preguntas para hacerle? Preguntas que, de otro modo, quedarán para siempre sin respuesta.

—Tengo prueba de geografía mañana, papá. Y te aseguro que esas preguntas sí van a quedar sin respuesta —concluyó Irina incorporándose y dando por terminado el tema.
Guinea, Mauritania, Namibia. Ninguno de esos nombres le resultaba tan lejano ni ajeno como Cluj, el lugar donde su madre agonizaba. Era inútil. No podía concentrarse. Prendió el televisor. El noticiero mostraba imágenes de esa guerra

lejana: niños que abandonaban su casa se despedían, desolados, de sus padres. En la pantalla, una mujer envuelta en una capa avanzó hacia Irina extendiendo la mano.
—Irina, Irina —le oyó decir—. No quiero irme de este mundo sin haberte conocido.
Se echó a temblar, aterrorizada. «Éste es el sabor, el sabor del encuentro, por qué dejarlo pasar», el jingle que siguió a las noticias le sonó como una broma macabra.
—Fue tu imaginación —le dijo su padre cuando le contó lo sucedido—. Esto te afecta más de lo que puedes darte cuenta. Por eso, y a pesar de la cercanía de Cluj a la zona de guerra, quiero que vayas. Para que los fantasmas no te persigan durante toda la vida.
Y luego, abrazándola muy fuerte, agregó:
—Además, cuando te vaya a buscar podemos aprovechar para pasar juntos unos días en París y en Londres.

—¡Sí! —gritó Irina llena de entusiasmo—. ¡Eso es lo que más me gusta! Pero tienes que prometerme que no solo vamos a visitar museos. ¡Debe haber una ropa tan linda!
—Mujeres, mujeres —dijo Julio suspirando cómicamente.
Y padre e hija se quedaron charlando, haciendo planes y soñando con itinerarios felices.

—Madame y Monsieur Vivoida son muy tradicionales. Mantienen las antiguas costumbres en muchos aspectos de su vida —dijo el cochero, en perfecto francés, en respuesta a su muda sorpresa.
Irina no podía creer lo que le estaba pasando. En la época del

fax, de la computadora, resultaba que esa mujer vivía como en la antigüedad. Mientras, el carruaje tirado por seis magníficos caballos negros avanzaba velozmente hacia el pasado. Atravesaron campos plenos de verdes, de vides cargadas de uvas, de animales que pastaban y campesinos que trabajaban en la cosecha.

De pronto, el paisaje comenzó a sufrir una rara transformación. La campiña se puso yerma. La vegetación tomó formas grises y retorcidas. Hasta el aliento pesado del verano se congeló.

—¡Estamos llegando! —anunció el cochero.

Entonces Irina vio surgir, como si acabaran de dibujarla, la silueta fanstasmagórica del castillo



de los Vivoida. Sintió frío. Y desasosiego. ¡Ojalá su papá estuviera allí! Una mano se tendió para ayudarla a descender.
Conducida por una criada silenciosa, atravesó el jardín ceniciento y el patio interminable hasta llegar a una sala cuyas paredes estaban cubiertas de retratos. Lé llamó la atención el parecido de los hombres: un mismo rostro pálido, la misma fría mirada. Por la escalera de caracol subió hasta los aposentos de su madre. Se sentía sofocada cuando penetró en la habitación.
—Irina, Irina —oyó una voz pronunciar dulcemente su nombre antes de ver a la que hablaba. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudo observar a una mujer pálida, de rostro ajado, que apoyaba sobre su pecho unas manos blancas y delgadas.
—Acércate, hijita, por favor —la oyó decir en un mal castellano.
—¡¿Hijita?! ¡¿Con qué derecho me llamas hijita?! —tuvo ganas de gritarle.
Con un gesto, Sonia le indicó que se sentara a su lado, la tomó de las manos. Un frío de muerte subió por el cuerpo de Irina. Instintivamente, se apartó. Ahora, madre e hija se miraron de frente. En la mujer, la enfermedad había hecho estragos.
—Estoy feliz de que estés aquí —musitó Sonia antes de cerrar los ojos. Irina creyó que su madre había muerto. Asustada, gritó. La silenciosa
criada que la había conducido hasta allí reapareció

de la nada y, con un gesto, le pidió tranquilidad: su madre solo estaba dormida.
El resto de la tarde, Irina, colmada de emociones contradictorias, vagó por el castillo. En la sala, se detuvo a observar los retratos que habían llamado su atención. Eran los antepasados del conde Vivoida. Todos como calcados el uno del otro. Volvió a atravesar el inmenso patio y se encontró con las habitaciones dedicadas a los oficios domésticos: gente muda —que parecía no verla ni oírla— trajinaba amasando el pan, hilando en antiguos telares, repujando el cuero de los arreos. ¿Era real lo que estaba viendo o, sin darse cuenta, se había metido en una película antigua?
Al anochecer, en un salón iluminado con velas, le sirvieron la cena: una carne desconocida, acompañada de papas hechas sobre la brasa.
—Es carne de ciervo —dijo, como adivinándole el pensamiento, alguien a sus espaldas. Giró para ver de quién se trataba. ¡No era posible!
—¡Es un milagro, hija! ¡Un milagro! ¡Gracias a tu presencia mi salud mejoró y hasta tuve ganas de levantarme! —exclamó la madre y tomó entre las suyas las manos de la chica. Nunca, nunca Irina había sentido una tibieza igual. Miró a la mujer como si la viera por primera vez. Ahora su piel era transparente y tersa como la de una muchacha. Las mejillas, antes de una palidez de muerte, habían tomado un color rosado. Parecía una resucitada.
—¿De qué estás enferma? —atinó a preguntar Irina, asombrada e inquieta al mismo tiempo.

—De una enfermedad muy antigua, querida. Pero no hablemos de eso ahora —respondió So-nia rodeándola con un abrazo. Irina sintió que se hundía en un mar de aguas cálidas que la mecían dulcemente. Y ya no tuvo deseos de preguntar nada más. Solo quería permanecer así, rozando su origen. Abrazada a aquella que le había dado la vida.

Los días que siguieron, la recuperación de Sonia se afianzó y la intimidad entre madre e hija fue en aumento. La ausencia del conde Vivoida, que estaba de viaje, favoreció el acercamiento de las mujeres. Ambas se levantaban pasado el mediodía. Almorzaban al aire libre, hacían largas caminatas y paseos a caballo y, sobre todo, conversaban. Sonia recordaba para Irina. Le hablaba de su infancia en Moscú, del ingreso a la escuela de ballet, de la disciplina férrea de sus maestros, del esfuerzo y el trabajo para destacarse. En una gira por América, el ballet había llegado a la Argentina. Así Sonia conoció a Julio. Se enamoró locamente de ese muchacho simpático y vital. Irina era —qué duda cabía— hija del amor. Pero ella —egoísta, totalmente egoísta, lo reconocía— no estuvo dispuesta a renunciar a su carrera para ocuparse de mamaderas y pañales. En cuanto pudo, se marchó dejando a Julio con la criatura. ¿Podría Irina perdonarla alguna vez?, le preguntaba ahora estrechándola contra su pecho, murmurando palabras cariñosas que despertaban en la chica sentimientos encontrados. Creía que su madre era sincera y, al mismo tiempo, intuía en ella una zona oscura, secreta, inconfesa-

ble. A veces, la sorprendía mirándola de una manera extraña, que le daba miedo. Y cuando le preguntaba por qué la había llamado después de tanto tiempo, la mujer, en un arrebato, decía:
—¡Quería verte, verte nuevamente!
Y a continuación, abrazándola tan fuerte que no la dejaba respirar, agregaba:
—¡No dejaré que nada malo te pase!
—¿Qué podría pasarme? —interrogaba Irina sin comprender y tratando de desasirse del abrazo que la ahogaba.
Inútil. Sonia parecía haber olvidado las palabras recién pronunciadas y, con un tono ligero, encaraba una nueva conversación.
Una mañana en que Irina se levantó más temprano que de costumbre y cuando se dirigía a la cocina dispuesta a conseguir algo para su desayuno, tropezó con un ser repugnante. Sucia y maloliente, la vieja con cara de bruja se cruzó en su camino.
—¡Vivoida ya está aquí, Vivoida ya está aquí! —graznó la mujer antes de descubrir sus encías en una carcajada de loca.
Irina la apartó de un empujón y corrió hacia la habitación de su madre, despertándola a gritos.

—¿Qué ocurre, qué ocurre? —preguntó Sorda cuando pudo recuperarse del sobresaltó. Luego, ante el relato de Irina, intentó tranquilizarla explicándole que la mujer era inofensiva. Había sido el ama de leche de Vivoida y, aunque estaba loca, el conde, por compasión, se negaba a internarla en un

asilo.
—¡Es asquerosa, asquerosa! ¡No quiero volver a encontrármela! —repetía Irina bajo el efecto de la fuerte impresión.
—No te preocupes. No volverás a verla —le prometió Sonia—. Me aseguraré de que no salga de su cuarto.
—Ella dijo que tu marido había vuelto... —Irina miró a su madre, interrogándola.
Por un segundo, le pareció que el rostro de la mujer se ensombrecía. Con un tono en el que asomaba la duda, Sonia respondió:
—No. No es posible. Ayer recibí una carta en la que me avisaba que demoraría su regreso unos días más.
Y luego, alegre y despreocupada, concluyó:
—Tengo una fantástica sorpresa.
Y a pesar de los ruegos de Irina no quiso contarle de qué se trataba. Esa noche lo sabría, aseguró Sonia con una sonrisa enigmática.

«Querida mía, tu corazoncito está herido; no me creas cruel porque obedezca a la ley irresistible de mi fuerza y mi debilidad... En el éxtasis de mi enorme humillación, vivo en tu cálida vida y tú morirás... morirás dulcemente... en mi vida.» La joven alta, delgada, de magnífica cabellera castaña pronunciaba las misteriosas palabras mientras abrazaba apasionadamente a la muchacha rubia y menuda, quien se mostraba incómoda y turbada.
Irina miró a su madre. Sonia movía los labios

repitiendo el parlamento de la actriz. Parecía conocerlo de memoria.
«Eres mía, serás mía y tú y yo seremos una para siempre», decía ahora con violencia la joven de cabello castaño.
La chica volvió a mirar a su madre. Parecía vivir la escena que las dos jóvenes actrices interpretaban.
En homenaje a su hija, Sonia había reabierto la pequeña sala de teatro del castillo clausurada durante mucho tiempo. ¡Ésa era la sorpresa anunciada! La obra que se representaba era una versión teatral del cuento *Carmilla,* la historia de una mujer vampiro escrita en el siglo pasado por un irlandés llamado Joseph Sheridan Le Fanu. Irina no quiso decir a su madre —para no ofenderla— que habría preferido un recital de rock. Decididamente, la suya era la más anticuada de las madres. ¡Y pensar que ella se reía de su papá porque le gustaban los Beatles! De todos modos, le resultó muy agradable compartir con las jóvenes actrices y el resto de la compañía la cena que tuvo lugar después de la función y que derivó en un improvisado y animadísimo baile. Todos lamentaron que se interrumpiera apenas pasada la medianoche. El director de la compañía se mantuvo inflexible: los actores, que partirían con las primeras luces del día, debían descansar, al menos, un par de horas.
A la mañana siguiente, muy temprano, Irina fue despertada por ruidos de puertas que se abrían y cerraban y voces que sonaban preocupadas. Se levantó rápidamente y fue a ver qué sucedía. Le

contaron, entre corridas y sobresaltos, que la joven actriz que había interpretado el papel de Carmilla, la mujer vampiro, había desaparecido. En su cuarto, la cama estaba deshecha, lo que indicaba que había dormido allí. Pero ella no estaba. La buscaron por todo el castillo: ni rastros. Exploraron los alrededores. Parecía que la tierra se la hubiera tragado. Al atardecer, un leñador que cortaba los árboles en un bosque cercano encontró el cuerpo desangrado de la joven: en la garganta, una marca violácea rodeaba dos puntos muy finos. Sonia se desvaneció al conocer la noticia. Irina, por su parte, muy asustada, quiso comunicarse con su padre para pedirle que adelantara el viaje. No pudo hacerlo. Por error, la ciudad más próxima había sido bombardeada y, por supuesto, las líneas telefónicas no funcionaban.
—Él ha vuelto, él ha vuelto —semi inconsciente Sonia pronunció esas palabras.

¿De quién hablaba? ¿Quién había vuelto?, se preguntaba cada vez más asustada Irina. Pasaría la noche junto a su madre. No quería dormir sola. Se desvistió y se tendió en la cama. Tardó en conciliar el sueño. El rostro de la muchacha asesinada volvía todo el tiempo a su mente. ¿Qué clase de bestia podía haberla desangrado así? El leñador habló de un lobo de gran tamaño que merodeaba por el bosque. Irina luchaba por apartar de sí las imágenes terroríficas. Cuando, por fin, logró dormirse, tuvo una pesadilla. Un hombre de rostro pálido le mostraba, amenazante, dos afilados y puntiagudos colmillos.

Desesperada, gritó.
—¡Tranquila! ¡Tranquila! —su madre la sacudía para despertarla.
Irina abrió los ojos. Sonia estaba inclinada sobre ella, mirándola atenta. Con delicadeza, la mujer la acarició como sí quisiera borrar todo temor.
—Hace un rato dijiste: «Él ha vuelto, él ha vuelto». ¿De quién hablabas? —preguntó ansiosa la chica.
—Del lobo asesino —respondió rápidamente la madre—. El invierno pasado logró escapar pero esta vez lo atraparemos.
Y al ver la cara de susto de Irina, agregó:
—No tengas miedo. Ése no volverá a matar.
Al día siguiente, Sonia trasladó su dormitorio al cuarto contiguo al de su hija.
—Así las dos estaremos más tranquilas —dijo.

En lugar de apaciguarla, el comentario inquietó más a la adolescente. La madre, que se dio cuenta, la sedujo con una propuesta encantadora: la invitó a probarse el vestuario con que ella había bailado en los principales escenarios del mundo.
—Parece hecho a tu medida —dijo, mientras Irina enfundada en un vestido verde de gasa con el que su madre había protagonizado a la Esmeralda de *El jorobado de Notre Dame,* bailaba una muy tropical salsa.
—¿Cuándo dejaste el ballet? —preguntó de pronto.
—Cuando me enfermé —respondió Sonia y se hundió en un largo silencio.
Irina quería saber más y aunque temía que su

madre entrara en uno de los extraños desvarios, insistió:
—¿Eso fue antes o después de conocer a Vivoida?
El rostro de la madre cobró la expresión de un sufrimiento tan intenso que la chica se asustó.
—¿Qué te pasa, mamá, qué te pasa? —preguntó ansiosamente.
En un arrebato, la mujer tomó las manos de su hija y le dijo en un tono lleno de violencia:
—¡Quiero que te vayas ya mismo de aquí!
Irina se quedó helada. ¿Qué había dicho de terrible para que reaccionara echándola?
Sonia, mientras tanto, parecía en estado de trance, con los ojos fijos en algo que solamente ella veía. Fueron unos segundos al cabo de los cuales, como si nada hubiera sucedido, sonrió encantadora y concluyó:
—Vamos a pasar la tarde en una villa cercana y a tomar el té en un lugar donde hacen las tortas más ricas de toda Europa.

La bomba lanzada por error sobre una población cercana al lugar donde se encontraba Irina, y la falta de noticias sobre la chica, enloquecieron a Julio. Mientras llamaba desesperadamente a la agencia de viajes, se reprochaba una y otra vez el haberla enviado a un lugar tan peligroso. Para Su alivio, consiguió un pasaje a París con conexión a Cluj. Partiría esa misma tarde.
Durante el largo viaje no pudo dejar de pensar en

Irina. Jamás se perdonaría si algo le sucediera. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que solo oyó el pedido de «permiso para pasar» de su compañero de vuelo cuando éste- levantó la voz de tal modo que el resto de los pasajeros le clavó la mirada. Recién entonces reparó en el hombrecillo que, desde la escala en París, viajaba a su lado. Era de baja estatura y tenía la cara tan roja como el pelo.

Pbilosophicae et Christianae Cogitationes de Vdmpiris, leyó el título del voluminoso libro que su rubicundo compañero había depositado sobre el asiento. ¿A qué se dedicaría?, se preguntó curioso.

—Soy el doctor Gerald —se presentó el hombrecito al regresar aliviado.

—¿Doctor en medicina, en abogacía...? —inquirió Julio que, por un momento, dejó de pensar en su hija.

—En teología —respondió el otro satisfaciendo su curiosidad.

El doctor Gerald resultó un compañero tan agradable que el angustiado padre le confió rápidamente su historia y sus preocupaciones.

—Si le he entendido bien, su niña está ahora en el castillo de los Vivoida —dijo lentamente el hombrecito.

—Así es. Y solo ruego que esté bien —dijo Julio y un largo suspiro se escapó de su boca.

—Eso espero yo también —contestó el doctor Gerald.

A Julio le pareció advertir una cierta preocupación en el tono con que estas palabras fueron dichas. Y

cuando iba a preguntar, el hombrecito agregó:
—Si no le molesta, me gustaría acompañarlo hasta el castillo. Hay allí una rara colección de libros que quisiera consultar.
—¿Libros como éste? —preguntó Julio refiriéndose al que antes había llamado su atención.
—Así es, así es. Una antigua y completa biblioteca dedicada al vampirismo —confirmó Gerald.
Julio sonrió incrédulo, iba a agregar algo más pero el aterrizaje que se producía en ese momento postergó la inusual conversación.
En el trayecto al castillo de los Vivoida, los viajeros se detuvieron brevemente para aliviar necesidades del cuerpo y tomar un café. Estaban en eso cuando una conversación que se desarrollaba en una mesa vecina les llamó la atención. Julio, que no entendía el dialecto en que los campesinos hablaban, percibió, sin embargo, la actitud temerosa de los hombres. Le pareció, además, oír que repetían, con insistencia, el apellido «Vivoida». El doctor Gerald, por su parte, no perdía ni una sola de las palabras que se decían y su rostro iba mostrando una expresión cada vez más preocupada.
—¿Qué sucede? —preguntó Julio, muy inquieto, a su compañero.
Por toda respuesta, el hombrecito saltó de su silla y dijo:
—Debemos apuramos. Su hija está en peligro.
Julio se puso blanco como el papel. El doctor, sin miramientos, lo tomó del brazo y lo arrastró hasta el auto que los esperaba.

—En el camino le explicaré —concluyó.

La luna brillaba tan intensamente que su luz podía tocarse. Irina la contemplaba desde la ventana del cuarto. Inmediatamente después de la cena había subido a la habitación. Temía otra situación incomprensible con su madre. ¿Dónde estaría ahora su papá? Los pocos días que faltaban para que viniera a buscarla se le estaban haciendo eternos.

Decidió acostarse. ¡Si por lo menos pudiera ver la tele! Pensó en sus amigos. El rostro de Manuel se impuso, rotundo. ¡Qué lindo era! De pronto, se dio cuenta de que le gustaba mucho más de lo que creía. Acompañada por su imagen se fue quedando dormida.

Afuera una nube negra, compacta, avanzó amenazante y devoró a la luna. La noche se hizo cerrada, boca de lobo. Como si olieran un peligro, los pequeños animales se refugiaron en sus madrigueras. En los establos, los caballos relincharon espantados.

—¡Vivoida ya está aquí! ¡Vivoida ya está aquí! —en sueños Irina volvió a oír el graznido de la bruja, su carcajada de loca. Asustada, abrió los ojos. En ese momento, violentamente, un cuerpo informe se introdujo por la ventana del cuarto y rodó hasta el pié de la cama. Irina se incorporó de un salto. Llena de horror vio como «esa cosa» se hinchaba y se hinchaba palpitante. Ahora «eso» se cubría de largos pelos negros y tomaba la forma de un animal

horrible. ¡Un lobo salvaje! Gritó desesperada. Desnudos los afilados colmillos, la bestia avanzó hacia ella. Entonces, la puerta del cuarto se abrió y Sonia, sin otra arma que su decisión, se enfrentó al animal. Al borde del desmayo, Irina ocultó la cara entre las manos.



—He vuelto a buscar a la niña —oyó decir a una voz desconocida de hombre. Sintió terror y curiosidad al mismo tiempo. Cuando pudo mirar, vio que el lobo había desaparecido. En su lugar, había un hombre: el pálido hombre de los retratos. Irina reconoció en él a Vivoidá.

—¡No te atrevas a tocarla! —decía la mujer, enfrentándolo amenazante—. ¡Esta niña es mía!

—¡Será para mí! —vociferaba él. Y tomando a Sonia de la

muñeca la arrojó, como a una pluma, contra la pared. Con un salto sobrehumano, ella volvió sobre el conde, sujetándolo del cuello. Fue en ese preciso momento cuando Irina pudo ver algo que jamás olvidaría. Vio como el rostro de su madre se transformaba en otro: en el de un monstruo de amenazantes colmillos que gritaba:

—¡No la toques! ¡Es mía! ¡Es mi niña!

Sacando fuerzas de donde no las tenía, la chica escapó del cuarto. Gritando y corriendo, bajaba las escaleras cuando dos brazos fuertes la sujetaron.

—Tranquila, hija, soy yo —le dijo su padre.

—¡Papá, papá! —se abrazó a él sollozando sin poder parar.

—Ya sé, querida, ya sé —trataba de calmarla Julio—. Va a estar todo bien, mi amor. Pero ahora debemos salir rápidamente de aquí —y, tomándola de la mano, la arrastró fuera del castillo.

Solo días más tarde, en la seguridad de su casa rodeada de las cosas y los seres queridos, pudo Irina escuchar la verdad. El doctor Gerald, un estudioso de la antiquísima tradición de los vampiros, se la había revelado a Julio.

Así, padre e hija supieron que el conde Vivoi-da era la reencarnación de un guerrero que había vivido y muerto en el 1300. Aquel hombre servía lealmente a su rey. Pero el veneno de la ambición se instaló en él y codició el trono que había jurado defender. Traicionó. Asesinó. Y en su sangrienta carrera no vaciló en matar a todo el que se opusiera a sus propósitos. Luego, él mismo fue asesinado por sus cómplices. Su negra alma hizo que se convirtiera en un vampiro. Un demonio. Un muerto que reencarnaba

alimentándose de la vida de otros. Sonia había sido una de sus tantas víctimas. El conde se presentó a la joven y ambiciosa bailarina bajo la seductora apariencia de un mecenas de las artes. Prometió convertirla en estrella del más famoso cuerpo de ballet del mundo. Ella se fascinó con ese hombre poderoso que la limaba de atenciones. El galanteo, apasionado, duró algunos meses. Durante ese tiempo, los compañeros de Sonia la vieron languidecer bajo el efecto de una extraña enfermedad que la llevó a la tumba. Y a los brazos ele Vivoida para siempre. Muerta, se transformó también ella en un vampiro.

Irina no dejaba de pensar, sin que un escalofrío la recorriera, que su madre era *también* ese ser monstruoso. Sonia estaba viva en ese espectro *a través del cual* Irina recibió el amor maternal tanto tiempo negado.

Cuidada ahora por su padre —que agradecía a Dios el encuentro providencial con el doctor Gerald— y atendida, especialmente, por Manuel que desde su regreso no la abandonaba, Irina fue reintegrándose, poco a poco, a su cotidianeidad. Cuando estuve; en condiciones de oírlo, Julio le reveló el final de la historia. Gerald había cumplido con el rito exigido para exterminar a los vampiros. Después de una intensa búsqueda, el hombrecito ubicó las tumbas de los condes Vivoida. Dormían sumergidos en sangre, cuando, sin vacilar, les hundió una estaca en el corazón. Ya nadie debía temer el ataque de la siniestra pareja.

Tiempo más tarde, Irina vio, en un noticiero, cómo otra bomba hacía volar por los aires y para siempre el oscuro castillo. Sin embargo, ninguna explosión podría borrar de su memoria lo sucedido. En su recuerdo, Sonia se transformaba, una y otra vez, en el horrible ser de afilados colmillos que vociferaba:

—¡Es mía, esa niña es mía!
La que, en vida, había sido su madre, *¿quería protegerla o quería devorarla?*
Irina no podía dejar de preguntárselo aun cuando supiera que jamás conocería la respuesta.

La sangre que alimenta a los dioses

I

Hace siglos ya eme los dioses aztecas han dejado de reclamar el líquido precioso, el «chalchi-huatl», la sangre que, ofrendada en los altares del sacrificio, hacía que las tinieblas retrocedieran y la luz regresara y que el dios sol, alimentado por los corazones aún palpitantes de las víctimas, prosiguiera su marcha.

Hace siglos que los dioses se han llamado a silencio: los hombres que creían en ellos fueron exterminados. Murieron por la guerra y por la esclavitud. Murieron de enfermedades desconocidas y de tristeza.

Pero esta historia sucedió antes. Cuando la esperanza era aún posible. Cuando los orgullosos guerras aztecas habían logrado arrojar de la ciudad imperial, de la blanca Tenochtitlán, a los hombres de barba y armadura. La historia comienza exactamente la noche en que los españoles salen huyendo de esa ciudad. Los que no logran escapar por la amplia calzada ele Tacuba, luchan hasta morir. Conocen muy bien el horrible destino que les espera si los capturan vivos. Esa noche Ignacio

Velazquez —extremeño como Cortés, hidalgo de 22 años— habría querido escapar o, de lo contrario, morir en la batalla.

Pero el azar le juega una mala pasada. Herido en la pierna por una flecha, una pedrada en la cabeza lo deja inconsciente. Ninguno ele los que huye se detiene a confirmar si está vivo *o* muerto. Queda allí tendido, a merced de un destino sangriento.

Es Capuán, el caballero águila, uno de los valerosos guerreros indios, quien se apercibe de que el español está vivo. Puede casi tocar ese cor*a-zón* que late. Que pronto estará en las manos de un sacerdote, en lo alto de una pirámide. Que será ofrecido al dios sol. Para que todas las amenazas se disipen y la vida se ponga nuevamente en movimiento. Los primeros en ser sacrificados serán los traidores tlaxcaltecas. Al español, en cambio, lo reservarán para la gran ceremonia. Y cuando corra la sangre de las víctimas, los aztecas recuperarán el favor de sus dioses. Volverán los antiguos rumores ele la ciudad. El ajetreo y las voces del mercado. El sonido del agua cuando las canoas seircan los canales. Los jardines desbordantes de flores y de pájaros. Volverá la gloria de los mexica.

Relumbran los ojos ele Capuán, sus labios insinúan una sonrisa.

II

Ixcuina cubre su rostro con el axin: la tez morena toma ahora un tinte amarillo claro. Con la grava tiñe sus dientes de rojo, suelta su largo cabello y, para más hermosura, lo adorna con

plumas de colores brillantes. Gira frente al espejo y su falda multicolor, con grandes flores bordadas, gira con ella y se abre en perfumes. Capuán, su amante, le ha pedido que cuide al herido hasta que sea ofrecido en sacrificio. Ixcuina guarda, en una bol-sita, la raíz de jalapa para la fiebre y el matlalitzic contra las hemorragias. Luego, con paso ligero, se encamina hacia la casa donde el hombre blanco yace-, tendido sobre una estera. Se inclina sobre él y lo contempla: la barba profusa, el pelo largo brillan con el color del sol. No resiste la tentación de enredar sus dedos en la mata dorada. La mano morena se detiene, ahora, en la frente combada: el hombre arde en fiebres. Es preciso que beba la raíz de jalapa. Lo sacude para despertarlo. Pero Ignacio duernv[1] un sueño pesado, inquieto, amenazante. Se ve arrastrado hacia las elevadas escalinatas teñidas de rojo. En lo alto, blandiendo el cuchillo de pedernal, con los cabellos pegoteados de sangre y la túnica negra flotando al viento, lo espera el sacerdote. Trata de resistirse. Cuatro guerreros lo sujetan por los brazos y las piernas y lo acuestan sobre la piedra de los sacrificios. Ahora tiene sobre su cara el rostro demacrado del sacerdote, con los ojos hundidos y fulgurantes.
V el cuchillo. El cuchillo que baja y, de un solo golpe, le parte el pecho. Quiere gritar. Ni un sonido sale de su boca. Cuando abre los ojos, ve la tez amarilla, los dientes rojos y una mirada oscura que lo penetra. Está muerto. El demonio ha venido por él.
Entonces, una voz muy dulce le habla en náhuatl y. aunque no entiende las palabras, el tono lo tranquiliza. Ixcuina le da de beber la raíz de jalapa. Luego, con delicadeza, revisa la herida de la pierna. Y para que cicatrice, le echa obsidiana molida que guarda en su bolsita, Ignacio, que no deja de

mirarla, adivina una muchacha muy joven bajo los raros afeites con que ella se ha adornado. De pronto, las tripas del español resuenan: la barriga está vacía y lo recuerda. Ixcuina ríe, él también. Las miradas se encuentran y el hombre siente que, tal vez, logre poner a la azteca de su lado. Ella sale y vuelve con tortillas de maíz y con agua fresca. Él come con el hambre del que acaba de volver a la vida.
Ya saciado, Ignacio extiende su mano y toma la de la muchacha. Ella, sonriente, lo deja hacer. La atrae hacia él. Luego, moja un pañuelito en el agua y le limpia el rostro. El tinte amarillo desaparece para dar lugar a una tez morena y sedosa. Debajo de la grava roja, aparecen, blanquísimos, los clientes. Ignacio siente cómo ella se estremece al contacto de su mano. La cabeza del español trabaja a toda velocidad. La joven puede ayudarlo a huir. Debe convencerla. Ajena a los cálculos, Ixcuina hunde sus ojos negros en los azules y fríos. Él tiene el pelo dorado como el dios sol. La abraza. La respiración de ella se acelera, el cuerpo se abandona con lasitud. El hombre acerca su boca, los labios de Ixcuina se entreabren para recibir el beso. Y mientras ella se siente arder, él calcula cada uno de los pasos que pueden llevarlo hacia la libertad.

III

La ciudad hiede. El olor de la sangre derramada en la batalla se mezcla con el olor de la que ha sido vertida en los altares y llega, como un golpe, al olfato de Ignacio Velázquez. Han pasado una noche y un día desde que fue capturado.

¿Cuántas horas de vida le quedan?, se pregunta. Intentó convencer a la muchacha de su amor por ella. Le ha prometido que si lo salva, la llevará con él a España. Allá, lejos de los ídolos sangrientos, vivirán como marido y mujer. ¿Pero habrá comprendido lo que espera de ella? ¿Lo ayudará?

Oye pasos, que se acercan. Su corazón galopa. Una figura amenazante se dibuja en la puerta. Es un caballero tigre. Ignacio ya no duda: su hora

ha llegado. Cae de rodillas y comienza a rezar. Lento, el guerrero se acerca. La frente inclinada sobre el pecho, el español implora a Dios la salvación. Una mano lo toma de la barbilla y lo obliga a levantar la cabeza. De pie, frente al hombre arrodillado, el caballero tigre se quita la máscara que lo cubre. Ignacio descubre el bello rostro impasible. Es Ix-cuina. Ahora, con delicadeza, ella se quita el resto del traje y se lo tiende. Con palabras y gestos, le indica que se lo ponga. Ignacio obedece. Ella aprueba con la cabeza. El español empieza a comprender: lo está camuflando, lo convierte en un guerrero azteca para ayudarlo a huir.

El extranjero con su cabello de oro, su mirada tan azul, es la encarnación del dios sol. Ixcui-na lo atraviesa con sus ojos negros. Lo toma de la mano y lo conduce afuera. Ignacio teme que estén vigilando, que los detengan. Pero nada sucede.

Es una noche oscura, sin estrellas. La ciudad parece dormida, agotada por el peso de la batalla y de los sacrificios. Ixcuina camina delante, sin vacilar. Van dejando atrás los palacios, los templos, el mercado. El aire se purifica, ya no huele a sangre. Están alejándose de Tenochtitlán. La muchacha seguramente va a conducirlo al poblado de los tlaxcaltecas, donde se han refugiado quienes lograron huir, piensa Ignacio.

Las imágenes de lo vivido se amontonan y se mezclan en su cabeza. Recuerda cómo decidió embarcarse. Su primera visión del puerto de Sevilla con las naves resplandecientes por el oro que traían de las Indias. Esos barcos de los que descendían capitanes, monjes, caciques indios —a veces desnudos, a veces cubiertos con raros vestidos— y de los que descendía también, iluminado por el éxito, el Conquistador seguido por un cortejo de esclavos y papagayos. En uno de esos mismos barcos, llegó Ignacio a la Hispaniola. Tenía 19 años y el sueño de conquistar el oro y las tierras. El viaje, funesto, no lo había desanimado. Apenas hecho a la mar, el barco había perdido el mástil. Luego, el piloto perdió la orientación y la nave anduvo a la deriva por el océano vacío. Más tarde se acabó el agua y solo podían beber la de la lluvia. Los hombres lloraban y maldecían. Sin embargo, poco después una paloma se posó sobre el peñol: la tierra estaba cerca. Y la salvación al alcance de la mano como ahora está en la mano de Ixcuina.

Han caminado mucho tiempo. La oscuridad empieza a ceder porque el alba está acercándose. Y el alba es esa hora en que el alma de los guerreros sacrificados vuela para reunirse con el sol. Ya deben estar cerca del campamento de los tlaxcaltecas. Pronto se reunirá con sus compañeros con los que, como él, se han salvado.

Vuelve a su mente, ahora, la primera imagen de Tenochtitlán: la ciudad blanca, con las terrazas desbordantes de flores, con sus puentes sobre los canales, esos mismos puentes destruidos ayer para evitar la huida de los españoles. Y después, el horror, cuando entraron en los templos que hedían por la sangre de los sacrificados. El recuerdo es tan intenso que vuelve a sentir ese hedor. Quiere borrar la

imagen de su cabeza, respirar nuevamente el aire puro como lo hizo hasta hace unos segundos. Pero es inútil. La fetidez es cada vez más fuerte. Quiere preguntarle a Ixcuina qué está pasando, de dónde viene el olor insoportable. La luz del sol que aparece, repentina, ilumina la escena. Y entonces, Ignacio lo ve: ahí está el Gran Templo. Decenas de guerreros lo rodean esperando la ceremonia. ¿Quién será la víctima?, se pregunta.

Ixcuina, que se ha detenido, le habla dulcemente. Ignacio no entiende sus palabras pero imagina lo que le está diciendo. Que se quede tranquilo. Que espere. Apenas termine la ceremonia continuarán la marcha. De ponto, abruptamente, Ixcuina lo sujeta con fuerza y lo tironea hacia el templo, hacia la alta escalinata teñida de rojo. Entonces, recién entonces, él comprende.

—¡No! —grita y con un fuerte tirón se libera.

Pero ya está aquí Capuán, el caballero águila. Él y otro guerrero toman a Ignacio por los brazos y lo arrastran hacia lo alto donde esperan los sacerdotes con sus largos cabellos pegoteados de sangre reseca y sus mantas flotando al viento.

—¡No, no! —grita y se resiste.

Es inútil. Entre cuatro, lo levantan en el aire y lo depositan sobre la piedra de los sacrificios. Y en los segundos en que el cuchillo baja hacia el pecho desnudo, los ojos aterrados de Ignacio revelan el atroz desconcierto: ¿por qué?, se pregunta. ¿Por qué, si él pudo sentir que Ixcuina lo amaba, por qué lo entregó al sacrificio?

Un español no puede saber, no entendería jamás que, para una mujer azteca enamorada, no hay prueba ele amor más grande que ésta que Ixcuina acaba de darle. Al entregarlo al

sacrificio, ataviado como un caballero tigre, ella se ha asegurado de que el alma de Ignacio vuele hacia el dios sol y se ubique junto a él, en un lugar de privilegio. Lo ama apasionadamente y le ha dado lo mejor que puede darle. Por eso, en el momento en que el cuchillo destroza el pecho de Ignacio y la muerte lo sorprende con el terror en los ojos, Ixcuina sonríe. Ha visto el alma del hombre blanco, transformada en colibrí, tender las alas hacia el sol para reunirse, para siempre, con él.

Amor, cruel amor, ¿por qué me matas?

I

No me alcanzaban los ojos para mirar todas las escenas que se desplegaban al paso del vaporetto por la calle más bonita del mundo: el Gran Canal. Los palacios con sus espléndidas fachadas, los puentes, el mercado de Rialto rebosante de verduras, carnes y quesos, el bullicio de la gente. De pronto, una góndola funeraria con su triste carga cubierta de flores se puso a la par del vaporetto: alguien había muerto en vísperas de Carnaval. ¿Sería un mal presagio?
Había llegado a Venecia desde París por tren. Soy estudiante de teatro y en las clases, durante todo el año, trabajamos con los personajes de la comedia del arte. Yo elegí el papel del Dottore Plusquamperfetto quizás porque, como a él, me gusta hablar mucho aunque, a mí, nadie me haya arrojado un tintero a la cara.
Después de varios meses de ensayo, decidí probar mi personaje en el escenario más exigente, el Carnaval veneciano. Haciendo horas extras —me desempeño como cajero en una casa de comidas rápidas— y gastando apenas lo necesario, logré reunir el dinero para el viaje.
Ya en Venecia, me instalé en la pensión de la signora Angelina, famosa entre los estudiantes por la generosidad de sus desayunos que alcanzan para el hambre de tocio el día.
Inmediatamente me lancé a las calles con el fin de procurarme el disfraz del Dottore. Lo más costoso sería, sin

duda, la máscara, que debía comprar en una de las tres mejores tiendas de la ciudad. Así fue: se llevó la mitad de mi dinero. Por suerte, conseguí a muy buen precio el resto del disfraz. Me contemplé en el espejo que me devolvió la imagen del auténtico Dottore Plusquamperfetto, con la máscara manchada de tinta, calzones negros hasta las rodilla, capa y sombrero. Ya transformado en el personaje, me mezclé con la multitud que inundaba las callecitas. Máscaras vestidas con las figuras del Tarot: reyes y reinas de copas, bastos, espadas y oros. Más allá, cuatro muchachas con sus cuerpos convertidos en tallos y sus caras amarillas rodeadas por hileras de blancos pétalos que se balanceaban suavemente mientras caminaban. ¡Un ramo de risueñas margaritas! Allí, en el puente, la máscara de la Muerte envuelta en una lujosa capa de terciopelo negro y blandiendo', amenazante, la afilada guadaña.
De pronto, me topé con un grupo de personajes que improvisaban una pequeña comedia. Pantalone, el avaro mercader, trataba de recuperar, sin éxito, una bolsa con monedas que sus dos criados, el ágil Arlequino y el amargo Brighella, le habían birlado. Sin dudarlo, me uní a la función.
«La rosa florecida tiene flor. El hombre que camina no está muerto. Quien se equivoca no tiene razón. La nave en altamar no está en el puerto», recité, con la más absoluta pedantería, algunas de las 115 brillantes conclusiones del Dottore.
Las risas y aplausos con los que el público festejó los disparates de mi personaje me dieron alegría y ánimo para seguir al grupo de máscaras que se trasladó, con su espectáculo, a otra callejuela. Nuevamente el éxito nos acompañó, acrecentando mi entusiasmo. Pero entonces, sucedió algo. Me estremezco al recordarlo.

La gente reía a carcajadas al ver a Arlequino y Brighella saltar por los aires en fantásticas cabriolas. El avaro Pantalone no lograba recuperar sus monedas y, desesperado, tironeaba de sus erizados bigotes. El Dottore —es decir yo— contribuía al jolgorio general con la continua y disparatada charla. El calor de la función nos hacía transpirar cuando sentí que una ráfaga helada pasaba a través de mi cuerpo como si me hubieran hecho un agujero en el lugar del corazón. La sensación fue tan intensa que tuve que mirarme. Cuando volví a levantar la vista, vi venir hacia mí a un Sior Maschera. Avanzaba como si flotara en el aire, cubierto el rostro por una máscara blanca, con el sombrero negro de tres puntas y la capa de seda. Fue como si los demás hubieran desaparecido y solo quedáramos en toda la ciudad, él y yo. Me tomó de la mano. Quise retirarla pero él la asía con fuerza de hierro. Pensé en las bromas clásicas de Carnaval y otra vez intenté desasirme. Entonces llevó mi mano hasta su pecho y, para mi sorpresa, acaricié la forma redonda y llena de un seno de mujer. Parecía la promesa de una aventura amorosa. ¿Quién era la que se ocultaba bajo el disfraz? ¿Sería joven y bella? La curiosidad hizo que me abandonara a su capricho y me dejé conducir por el laberinto de las callejuelas.

—¿Adonde me llevas? —preguntaba yo de tiempo en tiempo, pero ella, con un gesto, me pedía que guardara silencio.

El tamaño de su mano —llamativamente pequeña— contrastaba con la fuerza con que me sujetaba. Luego de sortear incontables callecitas, llegamos hasta el borde de un canal donde esperaba una góndola. Dudé en subir ya que no sé nadar y el agua me atemoriza. Pero el Sior Maschera, sin soltarme, me obligó a dar el paso. Apenas nos hubimos sentado, la nave empezó a deslizarse conducida por nadie,

por un gondolero invisible. Nuevamente el miedo me invadió: ¿adonde me llevaban? La máscara, apercibiéndose de temor, me envolvió en un abrazo. Su proximidad me hizo temblar pero, esta vez, no de miedo. También yo correspondí a la caricia. La muchacha era menuda y podía oler su perfume, un delicado aroma a lilas que me mareaba.

Deseaba intensamente ver su rostro, poder besarla. La góndola se detuvo frente a un convento. La misteriosa se apartó de mí y me invitó a descender. Caminamos hasta entrar en el patio. Siempre en silencio, me indicó que permaneciéramos ocultos detrás de una columna. Ella se ubicó a mis espaldas.
Desde allí vimos llegar a otro enmascarado que, como yo, llevaba el disfraz del Dottore. Se paseaba impaciente esperando a alguien. Y efectivamente, segundos más tarde apareció otro Sior Maschera. El que lo aguardaba, al verlo, empezó a recitar en voz alta: «La rosa florecida tiene flor. El hombre que camina no está muerto...» repitiendo las mismas palabras que, momentos antes, yo había pronunciado en la función. El recién llegado corrió al encuentro del Dottore. Ya junto a él, arrojó lejos de sí el sombrero, la máscara y la tela negra que cubría su cabeza hasta los hombros. Pude ver entonces un hermoso rostro de mujer que el marco de la espléndida cabellera roja embellecía. Me volví hacia mi compañera: no estaba. No supe en qué momento me había abandonado. Lo que sucedió luego no me dio tiempo a seguir interrogándome. La recién llegada se echó en los brazos del Dottore. Pero él, inesperadamente sacó de entre sus ropas un puñal y, sin vacilar, lo hundió una y otra vez en el dulce pecho.
—¡Asesino, asesino! —grité, desesperado.

Nadie pareció oírme. Quise correr hacia la joven para auxiliarla pero una fuerza sobrehumana

me retenía clavado en el piso. ■
Agonizando, la mujer dirigió un último y amoroso reproche a su victimario. Las palabras llegaron extrañamente claras a mis oídos:
—Amor, cruel amor ¿por qué me matas?
—dijo.
Luego, los dos, víctima y asesino, desaparecieron tragados por la niebla, sin dejar rastro alguno.
Cantando, bailando, una multitud de máscaras inundó el patio del convento y me arrastró con ella.
—¡Ayuda, ayuda! —grité—. ¡Acaban de asesinar a una muchacha!
—Todo es una broma, una broma de Carnaval —dijo a mis espaldas una voz cavernosa.
Giré. La Muerte me miraba fijamente. Me desmayé.

II

'•Venecia es una ciudad tan irreal que nadie puede hacerse idea de cómo es hasta que no la ha contemplado realmente», escribió Cario Goldoni.
¿Pero qué era real en Venecia? Nadie creía que el crimen que yo había presenciado se hubiera cometido.

—Son bromas clásicas de esta época —dijo el jefe de los carabinieri ante mi denuncia, y pasó a relatarme una serie de engaños montados por el ingenio y el histrionismo de los venecianos.
Pensé en marcharme, en abandonar esa ciudad ilusoria y regresar a la muy cartesiana París donde, sin duda, podía creer en lo que veía. Los «risi e bisi», «brodetto di pesce», «bigoli» y otros deliciosos platos con que la signora Angelina intentó consolarme del mal momento me convencieron de la grata y contundente realidad de la cocina veneciana y me estimularon a quedarme. Además, en la tarde del Martedì Grasso tendría lugar la presentación sorpresa de la Compagnia della Calza y, por la noche, el gran final del Carnaval veneciano: el baile de máscaras en la Piazza de San Marco. No quería perdérmelos.
En la mañana salí a vagabundear por la ciudad. Pretendía llegar al templo de la ópera, La Fenice, único teatro todavía existente de los construidos en el siglo XVIII. En 1836 un incendio lo había destruido por completo. Y un año después fue reedificado exactamente igual que antes. Como el ave Fénix, el Teatro de la Fenice había renacido de sus cenizas.
Andaba a paso lento por la calle de Cortesia rumbo a la de Verona cuando, por la dei Spezier, vi doblar a un. Sior Maschera. Un impulso ciego me hizo seguirlo. Mientras apretaba el paso para alcanzarlo, me reprochaba lo que hacía. ¿Acaso no había tenido suficiente? ¿Qué me llevaba tras la máscara? ¿El recuerdo del perfume que me había mareado? ¿El deseo de reencontrar a la muchacha y ver,

por fin, su rostro? ¿La necesidad de descubrir el engaño? El Sior Maschera cruzaba ya el puente sobre el Rio San Angelo. Corrí. Un muchacho empu-iando un «carretto» repleto de verduras se atravesó ¿n mi camino. Enormes alcauciles, rojísimos tomates, papas de cascara dorada rodaron por el piso. Me incorporé rápidamente sin responder a los insultos con los que el otro me inundaba. El Sior Maschera se había perdido de vista. ¿Qué hacer? Conté las liras que me quedaban: no eran muchas. Decidí que, de todos modos, me tomaría un capuccino en el café Florian, el más antiguo de toda Italia y también el más caro. Pagaría por sentarme en una de las mesas donde, tal vez, se habían sentado Goethe o Balzac. Me encaminé hacia la Piazza San Marco. Marchaba por la calle dei Fuseri cuando, al dar vuelta una esquina, me topé con el mismísimo Sior Maschera. Antes de que pudiera desvanecerse, lo sujeté firmemente de la capa y le arranqué la máscara blanca que cubría su rostro: un hombre de abundantes bigotes rojos me miró con los ojos muy abiertos. Muerto de vergüenza, balbuceé una disculpa y le devolví su máscara.

Regresé a la pensión. Por esa mañana, había tenido suficiente.

III

El elefante, ricamente adornado, tomó con su trompa a la

ligera odalisca y la montó sobre el lomo. Luego, avanzó seguido de un cortejo de jóvenes príncipes árabes con magníficos turbantes de seda adornados con piedras preciosas. Oriente se había trasladado a la Piazza de San Marco para el gran baile final. Me parecía .estar en un cuento de Las mil y una noches. Todo lo que había imaginado sobre la fiesta era poco comparado con lo que veía. Me sentía feliz dé estar allí y olvidado del malestar eme me había invadido al ponerme nuevamente éí disfraz del Dottore. Alguien me tocó el hombro. Giré y vi a la bonita odalisca que momentos antes montaba el elefante. Me invitaba a bailar. Mi suerte estaba cambiando. La tomé en mis brazos y hundí mi nariz en su pelo con la secreta esperanza ele reconocer ac|uel elelicado aroma a lilas. No. Olía á sánelak) y a esencias más pesaelas. Le pregunté si era italiana o extranjera pero ella, que representaba muy bien su papel, me responelié) en una lengua incomprensible. Me resigné a no entenderla y aun así a disfrutar de su compañía. Girábamos como si la multitud que colmaba la Piazza hubiera desaparecido cuando alguien me arrancó de los brazos de mi odalisca. De pronto, sin saber cómo, me encontré bailando con el Sior Maschera. Ahora sí pude reconocer ese delicado aroma a lilas que anhelaba. ¡Era ella! La abracé fuertemente, esta vez no escaparía. Faltaban unos pocos minutos para la medianoche, el momento en que todas las máscaras se descubrirían. Yo estaba tan ansioso por ver el rostro de la misteriosa que cada segundo me parecía un siglo. El aroma a lilas me emborrachaba, me llenaba de excitación y me prometía placeres desconocidos.
El baile había cobrado un ritmo vertiginoso. Todos y cada uno parecían querer beberse hasta el fondo la alegría y la libertad de un Carnaval que ya comenzaba a apagarse. Sonó una

campanada y otra y otra... Anunciaban las doce. ¡Por fin vería el rostro de la joven! Ella se detuvo frente a mí y lentamente se quitó el sombrero, la máscara y la tela negra que cubría su cabeza hasta los hombros y, entonces, para mi enorme sorpresa, vi el mismo bello y pálido rostro, la misma cabellera roja de la muchacha asesinada. Grité de terror. Con un beso helado, ella apagó mi grito. La empujé con todas mis fuerzas. Ojalá no lo hubiera hecho. Al apartarla, una calavera de donde todavía colgaban algunos largos mechones de pelo rojo, se mostró ante mis ojos. Fue lo último que vi antes de despertar en el hospital.

IV

En un puesto callejero compré un vaso de café y un croissant dorado y calentito. La mañana del sábado tenía un sabor especial. El sol de la primavera me acariciaba suavemente mientras caminaba a orillas del Sena. Habían transcurrido dos meses desde los irreales sucesos vividos en Vene-cia. Los médicos que me atendieron en el hospital, la policía y la misma signora Angelina, siguieron insistiendo en que solo se había tratado de una fantástica broma. Yo no podía creer que fuera así pero intentaba olvidar lo sucedido y durante el día, dedicado a mis ocupaciones, lo lograba. Por las noches, en cambio, solía asaltarme la misma pesadilla. Veía al Sior Maschera quitarse el disfraz y descubrirme el bello rostro de la muchacha asesinada. Ella, a su vez, se arrancaba la piel, como si fuera otra máscara, y me mostraba la desnuda calavera. En este punto, me despertaba gritando y ya no podía volver a dormirme.

Si bien, al regresar de Venecia, tuve ganas de abandonar los personajes de la comedia del arte, mi profesor de teatro insistió para que no lo* hiciera. De modo que, esa mañana, estaba buscando *Las cinco edades de Arlequín,* una pieza de Goldd-ni, en la que me tocaría representar al Dottore Plus-quamperfetto. Allí, en uno de las' tantos «bouquinistes», la encontraría a un mejor precio.
Pregunté en dos o tres. No la tenían.
—La sección de autores italianos está en el fondo —me indicó el dueño de la última librería en la que entré. Revisé la estantería dedicada al teatro y el título buscado apareció. Feliz con el hallazgo, me dirigía a la caja cuando algo llamó mi atención. Desde un libro abierto sobre una mesa, un rostro conocido me miraba. Me acerqué, como hipnotizado. Era ella.
—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? —me preguntó el dueño tomándome del brazo.
—No es nada, solo un pequeño mareo —contesté apoyándome en la mesa.
El hombre me hizo sentar, me sirvió una copita de licor.
—Descanse un momento —me dijo—. Le debe haber bajado la presión.
Y notando que yo no despegaba los ojos del libro, me lo alcanzó.
«Isabella Sforza, 1577-1592», leí la inscripción bajo el retrato. No era posible. La fecha debía estar equivocada. Di vuelta la página y entonces encontré la historia de ella.
Atropellada, ansiosamente la leí de un tirón.
Isabella había sido la única hija del signore Benedicto, un rico mercader veneciano. Dulce y hermosa, a la edad de 15 años, su padre la prometió en matrimonio al signore Antonio, otro mercader de cuantiosa fortuna. Pero ella estaba

perdidamente enamorada de Cario Fosca, un actor sin otros bienes que su talento y su simpatía. Isabe-11a y su enamorado habían decidido huir juntos y casarse. La fuga debía concretarse un lunes de Carnaval de 1592. Ella, con el disfraz del Sior Masche-ra, encontraría a Cario Fosca, enmascarado como el Dottore, en el patio del convento franciscano donde el padre Bartolomeo los casaría. La contraseña para reconocerse eran aquellas mismas palabras del Dottore Plusquamperfetto que yo había recitado. Pero el padre de Isabella interceptó los mensajes y se enteró del plan. Furioso por la desobediencia de su hija, decidió castigarla de la manera más cruel. Contrató a un asesino que emboscó a Cario Fosca y le dio muerte antes de que pudiera reunirse con su enamorada. Luego, el asesino, oculto bajo la máscara del Dottore esperó a Isabella en el sitio acordado, el patio del convento. Cuando ella llegó disfrazada del Sior Maschera, el que la aguardaba recitó la contraseña. Confiada, la joven corrió a los brazos del que creía su amor y que la esperaba para asesinarla. «Amor, cruel amor, ¿por qué me matas?», las palabras que habían llegado extrañamente claras a mis oídos, volvieron a mi memoria. Ahora comprendía.

Muy impresionado, cerré el libro. Atento, el dueño de la librería me miraba.

—Está tan pálido como si hubiera visto un fantasma —rae dijo—. ¿De verdad se siente bien?

—insistió cuando me incorporé. Necesitaba salir a la calle, alejarme de allí.

Cuando pude ordenar mis ideas, pensé que yo tenía razón: el crimen había sucedido. Solo que cuatrocientos años atrás.

¿Entonces cómo había podido presenciarlo?
Me senté en un bistró y pedí un café. Lo bebí a pequeños sorbos. Pensé que también la policía, los médicos y la signora Angelina tenían razón: quizás se había tratado de una escena fantástica montada por excelentes actores en la muy irreal Venecia. Este pensamiento me tranquilizó. Sin embargo, otro me asaltó de inmediato. Ahora yo estaba en París, una-ciudad donde todo era lo que parecía. Y era aquí —¡aquí!— donde la historia se me revelaba. Era aquí donde había encontrado el libro ¿casualmente? abierto en esa página. Miré a mi alrededor. Todo parecía real: la muchacha que, frente a mí, leía concentradamente *Le Fígaro,* la pareja que se besaba en la mesa de al lado, el mozo que me traía otro café.
Quizás era yo. Quizás mi empeño en representar al Dottore convocaba nuevamente a los fantasmas. Pensé que lo mejor sería abandonar por un tiempo el teatro y dedicarme a cosas menos ilusorias. Pagué, me levanté y me fui.
—Joven, joven, se olvida su libro —me gritó el mozo agitando en el aire *Las cinco edades de Arlequín.*

—No es mío, otro debe haberlo dejado —le respondí mientras me alejaba.
Sin embargo, no me fue tan fácil —aunque jamás volví a hallar sus rastros— olvidar la historia de ella. A pesar de las chicas hermosas que conocí con el tiempo, a pesar de los amores correspondidos, todavía hoy me persigue —persistente, inolvidable— el recuerdo de su perfume. De ese delicado aroma a lilas que ¡ay de mí! no he vuelto a encontrar en ninguna otra.

Madera de ébano

I

La aldea está entregada al sueño. Sombras sigilosas que portan antorchas la rodean con un cerco de llamas. Ahora, los traficantes árabes solo deben esperar a que sus presas —medio asfixiadas, enloquecidas de terror— salgan de las chozas. Entonces, las cazarán. Hombres, mujeres y niños, encadenados los unos a los otros, serán conducidos en una larga y cruel travesía. Centenares de kilómetros a pie, desnudos y descalzos, con hambre y con sed, estimulados a golpes para alcanzar un destino aún más cruel: ya en la costa, serán canjeados a los capitanes de los barcos negreros por cuentas de vidrio, aguardiente, fusiles o cauri, la moneda

africana.
El primero en advertir la trampa de humo y fuego es Mamboo, jefe de la aldea. Comprende que es tarde para intentar la defensa. Pero está dispuesto a vender cara su libertad. La caza ya ha comenzado. Y los que intentan huir del incendio caen en las redes de los negreros. Los que se resisten, son asesinados. Mamboo corre y salta por sobre el cerco de llamas. Sujeta a uno de los atacantes y le hunde su lanza en la garganta. Un fusil apunta al africano.

—¡Lo quiero vivo! —grita el jefe de los traficantes.
Tres hombres se echan sobre Mamboo. Un culatazo en la cabeza lo desmaya. Entonces, una masa de músculo y nervio salta sobre los agresores. Desgarra un torso, abre un vientre. Es Kosha, la pantera que ha acudido en defensa de su amigo. Los colmillos de la fiera se aprestan a hundirse en la garganta. Un tiro certero la derriba. Revolviéndose de dolor y de impotencia, Kosha ve cómo los árabes se llevan a Mamboo a la rastra. Sus ojos amarillos lo siguen hasta que ya no puede verlo.

II

El capitán Conneau examina cuidadosamente la boca y la vista de cada negro. Si les falta algún diente o tienen una mancha blanca en los ojos, valen menos. Y él quiere la mejor «madera de ébano», los hombres, mujeres y niños más fuertes y saludables. En América, los canjeará por café, azúcar y tabaco que venderá a muy buen precio en Europa.

Desde que los franceses impusieron la moda del «desayuno parisino», café con leche azucarado, los europeos deliran por los productos americanos y hacen muy rentable el negocio de la trata de negros.

El capitán se detiene ahora frente a un ejemplar alto, fuerte, musculoso. La larga travesía hasta la costa no parece haberlo afectado. El negro, que tiene las manos y los pies encadenados, lo mira sin bajar los ojos.'
—Ése es peligroso, capitán —dice uno de los árabes—. Tendrá que cuidar que no le arme una revuelta.
Conheau ordena al africano que abra la boca, quiere examinar su dentadura. Mamboo aprieta, con fuerza, las mandíbulas. Recibe un fuerte golpe en la cara. Y una nueva orden que desoye. Dos de los traficantes lo toman por los brazos y lo obligan a arrodillarse. El látigo restalla en el aire y arranca piel de la espalda. La sangre salta una y otra vez. Mamboo no abre la boca ni para quejarse. Cuando se cansan de golpearlo, arrojan sobre las heridas orines mezclados con sal y tabaco. Para que le arda más. Y también para desinfectar y prevenir el tétanos. El capitán decide comprar a Mamboo. Lo domesticará. Paga, por él cinco piezas de tela de algodón, diez fusiles y un barril de aguardiente. Terminada la negociación, los elegidos son transportados al barco negrero. Los hombres, amontonados en la cala y acostados en compartimentos tan estrechos que los obligan a mantener la misma posición.hpras enteras. Las mujeres y los niños, en cambio; con permiso para circular en cubierta durante el día. A la noche, los regresarán a su prisión después de revisarlos minuciosamente para asegurarse de que no se apoderaron de ningún objeto cortante.

Cargada de «madera de ébano», la nave parte. Cuando se aleja de la costa, los prisioneros rompen en gritos desoladores. Han comprendido que los separan definitivamente de su tierra y. de sus dioses.
Solo Mamboo se mantiene en silencio: reserva sus fuerzas para la lucha.

III

Un año y medio ya que zarparon desde el puerto de Nantes, recuerda Conneau mientras revisa el diario de viaje. Bajaron por el Atlántico y llegaron a Mauritania. Luego, bordeando la costa africana y recogiendo esclavos, alcanzaron Sierra Leona, punto límite de la zona atribuida a Francia para la trata de negros. Ahora, con buena suerte, navegarán durante dos meses más hasta llegar a América. Los peligros son muchos. Algunos, como las tempestades y los ataques de los piratas, vienen del mar. Otros: rebeliones y enfermedades, de la tripulación y de los negros.
El vigía, atento a un posible ataque pirata, da la voz de alerta. Ha avistado una pequeña embarcación. Puede ser una trampa. El capitán observa a través del catalejo: en la balsa alguien pide ayuda. Observa alrededor. Solo hay agua y cielo. Ninguna posibilidad de que una nave mayor esté escondida para atacarlos. Ordena el rescate. Apn> ximan el barco, tiran una soga por la borda. Una mujer trepa por ella con agilidad felina. Es una negra de deslumbrante belleza. Su cuerpo, un junco; sus ojos, raramente amarillos. Uno de los tripulantes, que habla dialecto, la interroga: quiere saber cómo ha

llegado hasta aquí. Pero la mujer permanece en silencio, no da señales de entender lo que se le pregunta. Traen, entonces, a una de las cautivas que habla un dialecto diferente. Tampoco así consiguen una respuesta. ¿Qué lengua hablará la recién llegada?
El capitán la observa y calcula cuánto le pagarán por el bellísimo ejemplar. Está seguro de que podrá obtener su peso en oro. Cuanto más la mira, más lo hechiza ella. Sin darse cuenta, se va enamorando de la misteriosa. No es el único. La extraña hermosura de la negra perturba a los demás hombres. De modo que, cuando Conneau decide que pasará la noche con ella, un rencor sordo se instala en los otros. Los oficiales murmuran: ellos también tienen derecho. Pero todavía no se atreven a expresar su disconformidad en voz alta.

IV

La orquesta compuesta por violines, flautas y un contrabajo toca una polca. En la cubierta del barco, los hombres, niños y mujeres africanos son obligados a bailar al ritmo de la música. La danza es recomendable tanto para alejar la tristeza del cautiverio como para poner en movimiento los músculos entumecidos por la posición acostada. Con los ojos cerrados, Mamboo danza. Sigue el resonar de los tambores en su memoria. De pronto, siente que lo observan. Alguien le ha clavado, como una flecha ardiente, la mirada. Abre los ojos y tropieza con otros, amarillos. Los de la mujer negra que está con el capitán. Mamboo no sabe quién es ella y, sin embargo, intuye que la conoce. Presta atención a la escena y se

da cuenta del malestar de los oficiales. Ellos también desean a la mujer. Tal vez los blancos se enfrenten, tal vez peleen entre ellos. Eso sería muy bueno para él y para sus compañeros. Mamboo busca los ojos amarillos. Los ve relumbrar, salvajes.
Conneau, por su parte, hechizado por la hermosura de la negra, no parece advertir el resentimiento que se está incubando. Solo piensa en ella. Jamás acarició una piel tan suave. Jamás se perdió en un misterio igual. ¿De dónde viene? ¿Qué hacía en medio del mar? ¿Cómo llegó hasta allí? La mujer tiene, en el costado derecho, la cicatriz de una herida de bala. El capitán imagina que le fue hecha al huir de otros traficantes. Conjeturas, solo conjeturas. Nada puede saberse porque ella no habla. Como si no fuera humana.

V

La luz del amanecer ilumina el cuerpo del vigía. Tendido sobre cubierta, los ojos abiertos de terror, la garganta desgarrada. Llenos de inquietud, los hombres lo rodean. Solo un animal puede haber hecho algo así, dicen. Algunos imaginan un monstruo marino. Otros, echan la culpa de la muerte a los dioses malignos de los africanos.
Conneau ordena que se organicen dos guardias durante la noche.
—¿Usted también se quedará a vigilar, capitán? —interroga, provocativo, uno de los oficiales mayores.
—¿Qué insolencia es ésta? —reacciona, airado, el marino.
—No es justo que disfrute del amor, mientras nosotros arriesgamos el pellejo —se atreve otro.
—¡Quédese con nosotros! ¡Es su deber! —insiste el primero.

—Conozco tan bien mis deberes como los castigos que se aplican a los insurrectos —amenaza Conneau.
Los hombres vacilan. No dudan de que el capitán es capaz de arrojarlos a los tiburones. Mejor no enfrentarlo así. Mejor esperar a que esté inerme. Entregado al sueño, después de los placeres del amor.

VI

Aprovechando una distracción de los guardianes, el pequeño Kalí desliza eri las manos de Mamboó el hacha que robó de la cocina. Luego, silencioso como una serpiente, desaparece. Con orgullo, el africano lo mira escabullirse. Ese niño es valiente y astuto. Como el hijo que querría tener.
Antes del anochecer, los blancos revisan las cadenas de los prisioneros para asegurarse de qué estén bien sujetos. Luego, traban la cala por fuera y se marchan. Nadie se arriesgaría a permanecer en la oscuridad con los cautivos. Aun encadenados, pueden ser peligrosos. El momento de la libertad ha llegado. Con el hacha que escondió, Mamboo corta las cadenas que lo aprisionan y libera luego a sus compañeros. Dispuesto a jugarse el todo por el todo, elige a los más fuertes y decididos. Rompen la puerta y salen uno a uno. El grupo de diez hombres, armados con remos, se dirige a la cabina del capitán donde están los fusiles. Se desplazan, cuidando de no ser vistos. De pronto, los sorprende un disparo. Se detienen. Advierten que el ruido vino de la cabina. Sigiloso, Mamboo se asoma por el ojo de buey y ve a uno de los oficiales mayores que sostiene una pistola humeante. Ve también, agazapada contra la pared, a la mujer negra. Y a los hombres que, amenazantes, avanzan hacia ella.

—¡Ahora! —ordena el africano que se da cuenta del peligro.
Y el grupo de los negros irrumpe sorpresivamente en el mismo momento en que la mujer se eleva con un salto sobrenatural, y ya en el aire, se transforma. ¡Esos ojos amarillos! ¡Cómo no se dio cuenta antes! Al reconocerla, el corazón de Mam-boo golpea como un tambor. Ahora sabe que sus dioses no lo han abandonado; Ahora está seguro de la victoria. Ágil y precisa, una; pantera de lustroso pelaje cae sobre el asesino de Conneau y lo destroza con garras y colmillos. Paralizados por la sorpresa y él terror, los blancos no atinan a defenderse. Los africanos; sin vacilar, los ultiman. Entonces, la fiera clava sus ojos amarillos en Mamboo y avanza lentamente hacia él. Lame sus manos una y otra vez. Mientras la acaricia y la abraza, Mamboo murmura:
—Kosha. amiga, amiga.
Sin perder un segundo, los africanos se apoderan de los fusiles y corren hacia cubierta donde sus compañeros ya luchan, cuerpo a cuerpo, con el resto de la tripulación. Los que no tienen fusiles, pelean a golpes de remos. Kosha es un arma mortal. Salta de uno a otro, desgarrando las carnes. La batalla es feroz. La sangre de negros y blancos corre y se mezcla.
Al cabo de unas horas, con un largo grito, Mamboo anuncia la victoria.

VII

Durante días y noches, la nave va a la deriva sujeta al capricho del viento y las mareas. A la euforia del triunfo, siguió la terrible comprobación: ninguno de los africanos sabía maniobrar el barco. Al intentarlo, rompieron dos mástiles. Llenos de pánico, decenas de hombres se echaron al mar en las chalupas que, demasiado cargadas, naufragaron. Los que no fueron devorados por los tiburones, murieron ahogados. No corren mejor suerte los que todavía permanecen en la nave. El agua de los barriles se ha descompuesto. No se puede beber ni tampoco cocinar en ella las escasas legumbres que quedan. El fantasma del hambre y la sed navega con los sobrevivientes.

Kosha clava sus ojos amarillos en Mamboo que, sentado con la cabeza entre las rodillas, admite la derrota. Se acerca a él y le lame las manos. El hombre la mira y ve que de las tetas de la pantera empieza a manar un líquido blanco y tibio. Comprende que el animal quiere brindarle alimento y salvarlo. Unos metros más allí, Kalí, el valiente niño, desfallece. Mamboo se incorpora, se acerca a él y tomándolo en brazos, ordena a la pantera que le dé a beber su leche.

Semanas más tarde, arrastrada por una tormenta, la nave encalla en las costas de África. Des-confiada y curiosa, la gente de la aldea acude a la orilla. Desde allí observan la gran embarcación: no hay señales de vida. Algunos hombres se lanzan en sus balsas y abordan los restos del barco negrero. La cubierta está poblada de cadáveres. De pronto, alguien advierte el cuerpo inmóvil de la fiera. Con precaución, se acerca. Entonces, lo ve. Acurrucado contra la bestia, hay un niño. ¡Está vivo! Es Kalí. El pequeño y valiente Kalí que todavía

mama leche del cuerpo ya frío de Kosha, la pantera.

El rostro del diablo

I

Agnes Sampson confesó que atrapó un gato, lo bautizó y ató trozos de cadáver a su cuerpo. Confesó también que sus compañeras salieron con el bote a la mar y arrojaron el gato al agua con los correspondientes encantamientos. Así se desató el temporal que casi hace zozobrar el barco donde viajaban Jacobo VI, rey de Escocia, y su futura esposa. Siguió confesando Agnes Sampson que, puesto que el rey logró salvarse del naufragio, ella y las otras brujas de North Berwick recurrieron, para asesinarlo, a la magia de la imagen. Hicieron una figura de cera que representaba al monarca y la quemaron: él se consumiría como el muñeco. Jacobo VI presenció personalmente las torturas a las que fue sometida Agnes Sampson. También las brujas de Lancaster fueron encontradas culpables. Ellas confesaron los encuentros con el diablo en el bosque y el embrujamiento con el que subyugaban a sus enemigos. Si esto había sucedido en Escocia e Inglaterra, la brujería era más temible aún en Alemania. Así lo afirmaba en su bula el propio papa Inocencio VIII : «... en algunas regiones del norte de Alemania, muchas personas de uno y otro sexo se han entregado a los diablos, íncubos y súcubos, y por sus encantamientos, hechizos, conjuros y demás supersticiones execrables y

crímenes, destruyen a los hijos de las mujeres y a las crías de los ganados, agostan y arruinan los frutos de la tierra, la uva de las vides, los frutos de los árboles...» Por todo ello el obispo de Bamberg se había visto obligado a condenar a muerte a 600 brujas. Y en Würzburg. 900 habían sido eliminadas en un año.

Él padre Bóhñi repasó mentalmente los hechos de la crónica que estaba leyendo y sacudió la cabeza como si quisiera expulsar un mal pensamiento. Eran tiempos difíciles para la Iglesia y. en consecuencia, para él. Al temor por la aparición de una nueva clase de brujería relacionada con el culto al diablo se agregaba el miedo a las revueltas populares. Cansados de ser despojados por los nobles y por el clero al que debían pagarle la décima parle del producto de su trabajo, los campesinos empezaban a rebelarse. En Würzberg, el pastor y músico de aldea Hans Beheim predicaba que todos los hombres eran hermanos, que no debían existir ni ricos ni pobres, que había que quitar la tierra a los señores y a la Iglesia y repartirla entre los campesinos. El obispo de Würzberg lo acusó de hereje y lo mandó a arrestar. Fue condenado y murió, como las brujas, en la hoguera. Pese a ello, un nuevo líder había tomado la bandera levantada por Hans Beheim y se había puesto al frente de los campesinos que lo ocultaban para protegerlo de los soldados. El padre Bóhm suspiró. En su interior compartía muchos de los reclamos de la gente del pueblo así como condenaba la vida poco austera de algunos religiosos. Ahora, a la persecución de los rebeldes, se sumaba la de las brujas. Y aunque el papa afirmara la existencia de tales seres, él dudaba. Era consciente de que bastaba una denuncia que, por otra parte, podía ser formulada por cualquiera, para que

el acusado o la acusada de brujería fuera torturado hasta lograr la «confesión» de sus crímenes. Con tal de liberarse del dolor —razonaba el sacerdote— muchas personas inocentes terminaban por declararse brujos y autores de los actos más horribles y absurdos. Luego, eran condenados a muerte. Corrían tiempos oscuros en los que resultaba muy difícil vislumbrar la verdad y saber de qué lado estaba el bien. Todos estos pensamientos que daban vueltas en su cabeza hacían que el padre Bóhm se sintiera verdaderamente preocupado.
Henrich Krames y Jakob Sprenger, los inquisidores del papa, llegarían de un momento a otro a la parroquia para investigarla. Por lo tanto, para re-t ibir denuncias sobre actos de brujería, se había visto obligado a colocar a la entrada de la Iglesia una c; ja de triple cerradura qtie solo podían abrir los enviados papales. Confiaba, sin embargo, en que sus feligreses mantuvieran la cordura y no formularan acusación alguna. Así, deseaba, los inquisidores se marcharían rápidamente de Prossneck para ir a cazar brujas a otra parte.

II

Claro que lo atormenta. Cada noche se le aparece en sueños. Sentada al borde del lecho, Eloísa lo mira. Y él puede oler ese aroma a manzanas que se desprende de su piel. Pero cuando estira la mano para tocarla, para acariciarla, desaparece. Y unos segundos después, está nuevamente allí. Sentada al borde del lecho, provocándolo, incitándolo con el perfume a manzanas recién cosechadas. Cuando, por fin. M n.is Berger

despierta, no puede pensar sino en elL Eloísa lo ha embrujado. Entonces, corre y la espía a través del cerco que divide las propiedades. La muchacha se afana con los animales. Ordeña las vacas. Recoge los huevos de las gallina. Alimenta a los conejos. No repara en Matías que no existe para ella. El muchacho ha intentado acercarse pero Eloísa parece no tener tiempo para el amor. Vive sola con la abuela y trabaja, siempre trabaja. Sin embargo, esta mañana algo distinto sucede. Esta mañana, Matías la ve —cosa rara— abandonar sus tareas y encaminarse hacia el bosque. ¿Qué irá a hacer allí?, se pregunta. Decide seguirla. La muchacha camina de prisa y él va tras sus pasos, ocultándose cuidadosamente. Ella se detiene junto a un ¡llamo frondoso. De pronto, como de la nada, un hombre muy alto y delgado, con una leve cojera en la pierna izquierda, aparece a sus espaldas y la abraza por sorpresa. Matías contiene un grito. Va a lanzarse en auxilio de Eloísa cuando la ve girar y sonreír al desconocido. ¡Entonces, ella lo esperaba! El muchacho observa atentamente al recién llegado. Viste de negro de pies a cabeza. Tiene la nariz ganchuda y la barba en punta. Es un extranjero y, sin embargo, algo en sus rasgos le resulta familiar a Matías. En alguna parte ha visto ese rostro. Pero ¿dónde? Ahora ve cómo Eloísa saca algo que llevaba escondido debajo de su falda y lo entrega al desconocido. ¿Qué es?, se pregunta muerto de curiosidad y de celos. Como si quisiera responderle, el otro despliega un estandarte negro con una imagen bordada. En ella, a Matías le parece reconocer la forma de un zapato campesino. El desconocido habla y Eloísa se bebe sus palabras. De pronto, él hunde la nariz curva en la larga y perfumada cabellera. El muchacho casi no puede respirar. El dolor es una serpiente que se re-

vuelve en su pecho. Siente la boca amarga, como si hubiera bebido veneno. ¿Quién es el hombre que viene a robarle a Eloísa? Esa nariz curva, esa barba afilada... Matías ha visto esos rasgos. Pero ¿dónde?, ¿dónde? De pronto, como un rayo, una imagen se ilumina en su cabeza. ¡Los ha visto en un libro, en un





grabado! ¡Ése es Lucifer! *¡Es el diablo!*¡Y el negro estandarte que la muchacha le ha dado es la ofrenda, el tributo con que paga sus favores! Ahora mismo ve cómo el maligno estrecha a Eloísa en un largo abrazo. Entonces, horrorizado, Matías comprende por qué él no puede quitársela de la cabeza. Por qué lo atormenta noche y día. Ella se ha entregado al demonio. Ha pactado. *¡Ella es una bruja!*

III

Dispuso la caja a la entrada de la Iglesia. Bastaba con colocar dentro un papelito enrollado con el nombre de la bruja, el hecho del que se la acusaba y la fecha en que había sucedido. Para facilitarlas, las denuncias podían ser anónimas. Por suerte, pensó el padre Böhm, hasta el día anterior, nadie había hecho ninguna. Ahora, sin embargo, al tomar la caja en sus manos y sacudirla, comprobó que ya no estaba vacía. Empalideció. Una acusación era suficiente para que los inquisidores pudieran actuar. Como un rayo, pasó por su cabeza la improbable idea de extraer el papel y quemarlo. En ese momento, dos hombres vestidos de negro —enjuto y delgado el uno, rubicundo y rollizo el otro— entraron a la Iglesia. El padre Böhm reconoció a Henrich Krames y Jakob Sprenger.

—¡Sean bienvenidos! —se adelantó a saludados.
Luego, los invitó a pasar a su austera vivienda y les ofreció comida y bebida. Los inquisidores solo se tomaron una hora para reponerse del viaje. «No es éste tiempo de descanso. El maligno infecta Europa», dijeron. Luego, pidieron la caja para comprobar si había alguna denuncia. Con diferentes llaves, el delgado y enjuto Jakob abrió la triple cerradura, extrajo el papelito y desenrollándolo leyó para sí. Con los ojos clavados en él, Böhm trató de adivinar el nombre del acusado.
—Eloísa Münzer, de 14 años de edad. Está acusada de pactar con el diablo en el bosque —anunció Jakob.
A Martín Böhm le temblaron las piernas.

—Pero... ¡es imposible! ¡Esa niña es la bondad misma! —exclamó.
Henrich Krames lo traspasó con la mirada.
—¿No sabe acaso que el diablo se complace en ganar para sí a las almas más puras? —sentenció.
Luego, sin más palabras, los inquisidores libraron ún auto de prisión contra Eloísa Münzer.

IV

—¿Cuánto hace que eres bruja?

—No lo soy. Yo no soy bruja.
Como si no hubiera oído la respuesta o no la creyera, Jakob insiste:
—¿Por qué te has-hecho bruja?
—¡No lo soy! ¡Yo no soy bruja! —estalla en llantos Eloísa. :
■
Ahora es Henrich el que interviene.
—¿Por qué te hiciste bruja y qué ocurrió en esa ocasión? —pregunta a su vez.
—¡Nada, no hice nada para que me llamen con el título de bruja! —grita ahora la muchacha.
—¿Reconoces haberle entregado una ofrenda al diablo en el bosque?
Eloísa tiene un segundo de duda. Luego, exclama:
—Jamás estuve en el bosque! Jamás vi ni le entregué nada al diablo!
Los hombres se miran. La muchacha miente. Saben —y así lo

establece el *Malleus Malleficarum* o *Martillo de las Brujas,* manual que ellos mismos escribieron como guía de los cazadores de esos malvados seres— que el único medio para que las brujas confiesen es el tormento. Hacen una seña al verdugo que permanece a la espera en un rincón de la sala.
—Creo que será necesario poner en marcha 4a tortura preparatoria» —dice Jakob.
Entonces, la aterrorizada Eloísa es conducida a una cámara donde el verdugo, a fin de persuadirla para que confiese, le muestra los instrumentos y le hace una demostración de cómo actúan, aplicándolos suavemente sobre ella. Eloísa imagina lo que sentirá si luego de cortarle el pelo, echan alcohol sobre su cabeza y le prenden fuego para que el cabello se queme hasta las raíces. Puede sentir el dolor que la desgarrará si le atan las manos a la espalda y la izan hasta el techo. Sabe que no podrá soportar que los pulgares y los dedos gordos de los pies sean comprimidos con el tornillo. Y entonces decide confesar. Está dispuesta a inventar todo, absolutamente todo lo que los inquisidores quieren oír de su boca.

V

• • Ella venía volando en su escoba y entraba a mi habitación por la ventana. Estaba desnuda: solo llevaba, en su pierna, la liga roja. Y yo podía ver sobre su vientre la marca del diablo, esa marca inconfundible de la pezuña. Luego, mientras danzaba, me incitaba a acompañarla al aquelarre. Allí beberemos y comeremos, decía, y podrás besarle el trasero a

Satanás, nuestro señor».
Frente al tribunal que pronunciará la condena, Eloísa, calva, flaca, con las manos y los pies encadenados, oye las acusaciones que hace contra ella Matías Berger. ¿Por qué dice esas cosas horribles? ¿Por qué miente así? Gira la cabeza que ya no adorna la mata castaña y lo mira. En el momento en que le clava la mirada, el muchacho se echa a temblar mientras grita:
—¡No! ¡No se lo permitan! ¡Quiere embrujarme de nuevo! ¡Quiere recuperar su poder sobre mí!
Inmediatamente, el carcelero va hacia Eloísa y golpeándola, la obliga a mirar al frente.
El padre Böhm se toma la cabeza entre las manos. Tal como lo temió, la locura se ha apoderado del pueblo de Prossneck. Los vecinos se denuncian los unos a los otros. Algunos llevados por deseos de venganza, por celos, por codicia. Los más, por el dolor insoportable de los tormentos.. Eloísa misma, luego de confesar —como los inquisidores deseaban— que había pactado con el diablo, fue torturada para obligarla a revelar los nombres de sus compañeros en el aquelarre.
«Ella ha provocado las tempestades que terminaron con las cosechas y con las crías de los ganados. Ha hecho que murieran criaturas al nacer y se ha acostado con el demonio», sigue diciendo Matías Berger ante el complacido tribunal.
El padre Böhm mira al acusador. Se pregunta qué vio realmente de todo lo que afirma. Lleno de dudas, le cuesta aceptar que Eloísa sea una bruja. Que haya pactado con el diablo. Sin embargo, ella misma ha confesado su encuentro con el maligno en el bosque... También Marian ha confesado. Y ha confesado Peter. Y Sara y Franz y el viejo Meister. Todos

han confesado bajo tortura. Y ésa es para los inquisidores la verdadera prueba de que cada uno de ellos es brujo. El sacerdote sabe que si expresa sus eludas sobre la culpabilidad de los confesos, inmediatamente será acusado de haber pactado con Satanás. Lo desnudarán para buscar en su cuerpo la marca infame. Y lo torturarán para que confiese. Y sabe también que él mismo terminará por decir lo que los otros quieren oír. Comprende que no hay escapatoria. Ésta es una trampa diabólica.

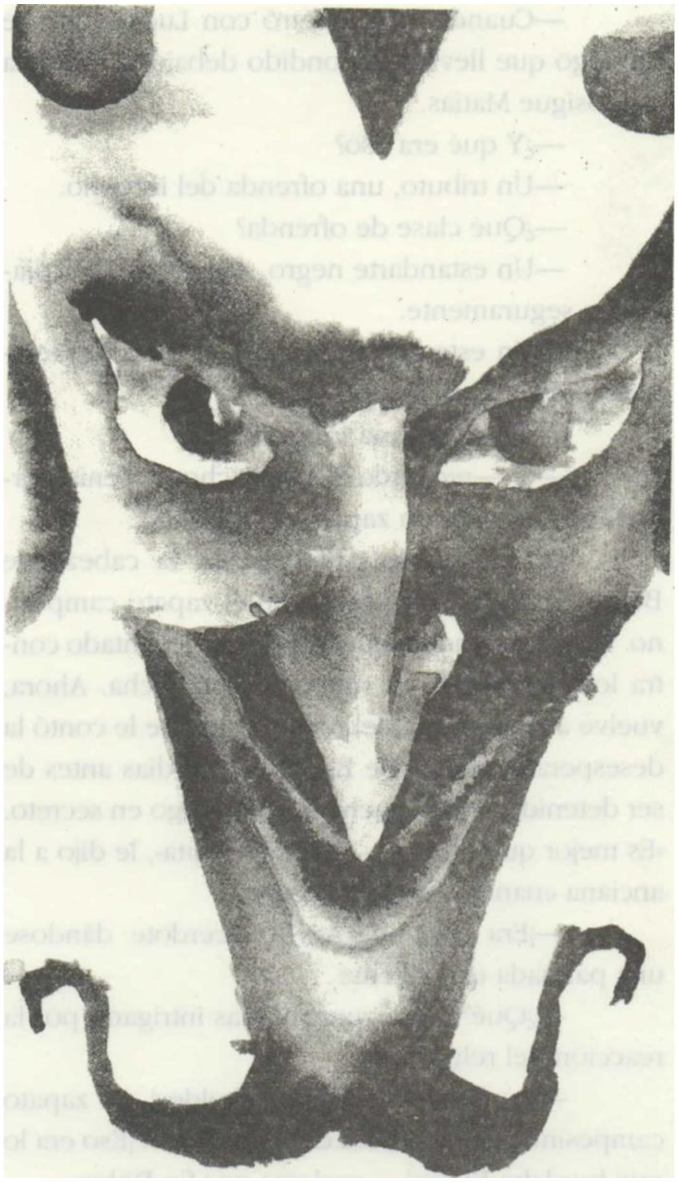
VI

La rebelión campesina crece. Las prédicas del nuevo líder, Tomás Münzer, son cada vez más revolucionarias. «Los señores, sostiene, son personalmente responsables de que el pobre se convierta en su enemigo.» Todo el ejército está detrás del rebelde. En el reclinatorio, con las manos entrelazadas, el padre Böhm reflexiona sobre los sucesos que conmueven a Alemania. Ora por el alma de los que fueron quemados en la hoguera y ruega al Señor para que los soldados no encuentren a Münzer. De pronto, alguien viene a reclinarse junto a él. No se sorprende al verlo. Hace tiempo que lo esperaba.
—Necesito su ayuda, padre —pide Matías.
El sacerdote lo mira en silencio esperando que continúe. El muchacho habla en voz muy baja como si tuviera miedo de sus propias palabras.
—La bruja me sigue atormentando, padre. Aun muerta, viene a mí cada noche. Se sienta en el borde del lecho y me mira. ¡Y

yo no puedo, no puedo soportar su mirada! —dice y rompe en llanto.
El sacerdote sabe perfectamente de quién habla pero necesita que Matías lo diga.
—¿Cuál de las brujas es la que te atormenta? —pregunta.
El muchacho lo mira. No puede pronunciar el nombre.
—¿Cuál? —insiste el religioso.
—Eloísa —dice por fin Matías y el llanto lo desborda. Y luego, entre sollozos, continúa:
—¡Yo la amaba, padre! ¡La amaba y ella prefirió entregarse al demonio! ¡La vi! ¡Yo la vi en el bosque pactando con el diablo!
El padre Böhm teme y al mismo tiempo necesita llegar al fondo, descubrir la verdad. Quiere saber si Eloísa estuvo o no en el bosque. Y si estuvo, con quién se encontró allí. ¿Sería realmente Satanás? Porque si no lo era, razona, ella habría revelado el nombre de aquel con quien se reunió.
—¿Qué viste? Quiero que me cuentes exactamente lo que viste —reclama.
—La seguí hasta el bosque y vi cómo se encontraba con el maligno. ¡La vi besándolo! ¡Entregada a los brazos de Lucifer! —grita el muchacho.

—,;Cómo supiste que era el maligno? ¿Viste sus cuernos y sus ojos llameantes? ¿O tal vez el rabo y las garras? ¿El aire olía a azufre? ¡Dime! ¿Qué viste? ¡Vamos! ¡Dime! —exige el padre Bohm.
Sorprendido por la vehemencia del religioso, Matías responde lentamente:
—Vi el rostro del diablo. Vi la nariz ganchuda, vi la barba en punta...
El sacerdote menea la cabeza.

—¡Hay tantos hombres que tienen esos rasgos y no por eso son el maligno! —dice. Y luego, recordando lo que Matías declaró en el juicio, pregunta:
—¿No la viste llegar volando desnuda en su escoba y entrar en tu cuarto? ¿No te invitó acaso a concurrir al aquelarre?
Durante largos segundos, el muchacho guarda silencio. Luego, niega con un gesto.
—¿Pero entonces, por qué la acusaste de esos horribles actos? —interroga el sacerdote mientras la indignación empieza a ganarlo.
—¡Porque ella también mintió! ¡Ella negó haber estado en el bosque y yo la vi! ¡La vi con mis propios ojos! —exclama el chico ahora.
El padre Bohm hunde la barbilla en el pecho, cierra los puños. Siente dolor y rabia pero quiere saber la verdad, comprender lo que ha sucedido. Entonces, pide:
—Dime, por favor, qué más viste.



—Cuando se encontró con Lucifer, ella le dio algo que llevaba escondido debajo de la falda —prosigue Matías.

—¿Y qué era eso?

—Un tributo, una ofrenda del infierno.

—¿Qué clase de ofrenda?

—Un estandarte negro. Algún símbolo diabólico seguramente.

—Un estandarte negro… —repite el sacerdote. Y luego, pregunta:

—¿Tenía alguna imagen?
—Sí —recuerda el muchacho—. Tenía bordada la forma de un zapato campesino.
La imagen se despliega en la cabeza de Bóhm: el estandarte negro con el zapato campesino. Ésa es la bandera que Münzer ha levantado contra los señores. Es el símbolo de la lucha. Ahora, vuelve a la memoria del religioso lo que le contó la desesperada abuela de Eloísa. Pocos días antes de ser detenida, la muchacha bordaba algo en secreto. «Es mejor que no sepas de qué se trata», le dijo a la anciana cuando ésta la interrogó.
;—¡Era eso! —grita el sacerdote dándose una palmada en la frente.
—¿Qué? —pregunta Matías intrigado por la reacción del religioso.
—¡La bandera de los rebeldes! ¡El zapato campesino contra la bota ele los señores! ¡Eso era lo que bordaba Eloísa! —exclama por fin Bóhm.

El muchacho empalidece.
—¿Entonces la bandera que ella entregó en el bosque no era un símbolo del diablo? —inquiere con voz apenas audible.
Martín Böhm no responde. Piensa en otra cosa. Por primera vez se da cuenta de que Eloísa y Tomás llevan el mismo apellido. ¿Es solo una coincidencia?, se interroga. Por lo que siempre supo, la chica tenía como único familiar a su abuela. Y ésta murió de pena después de que su nieta fuera quemada en la hoguera. Quizás Tomás fuera un pariente. Un hermano, un tío, un primo... ¿Cómo saberlo? Ya no queda nadie a quién preguntarle, se dice Böhm amargamente. Está

claro, sin embargo, que Tomás Münzer era para Eloísa un hermano en los ideales, en la lucha por una vida más justa. ¿Fue con él con quien se encontró en el bosque? Jamás se sabrá. La única certeza es que ella que negó el encuentro y calló el nombre para proteger a un compañero.
—Quizás creyó que se salvaría si se confesaba bruja y supuso, en cambio, que la condenarían a morir si admitía su ayuda a los rebeldes —piensa en voz alta el sacerdote.
Matías siente que su cabeza va a estallar. Le laten las sienes, se le seca la boca.
—Entonces ella no era... —alcanza a decir antes de que el llanto lo aniegue.
Martín Böhm se queda en silencio. Siente dolor, ira, impotencia. Piensa en esa pobre criatura cruelmente martirizada en nombre del amor a Dios. La que calló valientemente el nombre del revolucionario para evitar que fuera aprehendido por los soldados. Recién entonces vuelve a reparar en Matías que no cesa de llorar. El muchacho comprende ahora que fue el demonio de los celos el que le hizo imaginar lo que no era. Y lleno de pesar, intuye que la mirada de Eloísa preguntándole *¿por qué?* lo perseguirá durante toda la vida. El religioso, a su vez, sabe que su deber es ayudar a Matías a sobrellevar el peso de esa culpa atroz. Sin quitarle responsabilidad en lo sucedido, piensa que también el muchacho ha sido víctima de lo que otros, más poderosos, montaron. De ese siniestro mecanismo de sospecha, delación y tortura que hizo surgir lo peor de cada uno. Por un instante, vuelve a la memoria de Martín Bóhm la imagen de Henrich Krames y Jakob Sprenger, esos hombres fanáticos y crueles. Entonces, lo ve. En ellos asoma el verdadero rostro del diablo.



I

En los cafés de Viena no se hablaba de otra cosa: una joven y desconocida pianista había ganado con su música un lugar en el corazón de la emperatriz María Teresa. "Para brillar junto al niño prodigio, debe ser excepcional», decían los corrillos.
—¿De quién hablan? —preguntó con voz ronca un recién llegado.
—De la rival que le disputa al niño Mozart el favor de nuestra soberana —respondió con malicia un noble de peluca empolvada.
—En el corazón de la emperatriz hay lugar para sus dieciséis hijos y para todos los músicos del mundo —bromeó, despechado, un artista del pincel.
Rudolf oía divertido los comentarios. La presentación de su amada Elizabeth en la corte imperial había resultado un verdadero suceso. Pero lo más importante era que la joven tendría ahora la oportunidad de realizar estudios de composición con el maestro Gluck. Bebió de un sorbo su *einen Braunen* y salió a la calle. Caminaba ligero y feliz del éxito de su esposa. La aguardaba una brillante carrera como intérprete y —él estaba seguro—como compositora. Al pasar por la Stephansdom, se detuvo frente al «Portal del Gigante» y comprobó que el enorme hueso, que había dado nombre al portal, ya no estaba. Lo habían retirado unos días atrás,

después de que los iluminados espíritus científicos dictaminaran que la pieza —hallada en el año 1200, durante la construcción de la catedral— no pertenecía, como siempre se había creído, a un gigante ahogado durante el Diluvio sino a un mamut. La Pumerin dio seis sonoras campanadas y Rudolf apuró el paso.

Desde la sala del castillo llegaba, luminosa, la sonata del maestro Haydn. Entró en puntas de pie para no distraer a Elizabeth. Se ubicó a sus espaldas y siguió, en respetuoso silencio, los delicados y precisos movimientos de las manos sobre el teclado. Las manos de su esposa. No las había más bellas, más expresivas ni más sabias. Cerró los ojos dejándose llevar por la dulzura del adagio y en la música pudo sentir la caricia.

—¡Estabas aquí, amor! —la voz sacó a Rudolf del ensueño.

—No te oí llegar —dijo la muchacha abrazándolo cariñosamente.

—Yo en cambio, solo he oído hablar de ti. En los cafés, solo se habla de tu éxito. Te nombran la rival de Mozart.

—¡Qué tontería! Ese niño es un genio. Tiene seis años y ya compone y ejecuta como un maestro —replicó ella apoyando la frente sobre el pecho de su marido—. Además, no me interesa rivalizar con nadie. Lo único que quiero es aprender y hacer lo mejor posible.

Con ternura, Rudolf la acarició.

—¡Qué suerte tengo de que me quieras! —le dijo—. Linda, inteligente, talentosa y-dueña de estas maravillosas manos. ¿Te dije, alguna vez, que solo por ellas me enamoré de ti?

—Tendré mucho cuidado de no perderlas, entonces, si no quiero perder tu amor —contestó ella dándole un suave golpecito en la frente—. Y ahora, si me perdonas, debo seguir

practicando mi sonata. Es posible que muy pronto deba tocar nuevamente en Schónbrunn.

II

La multitud que se agolpaba en los alrededores de la Lugeck impedía avanzar al cochero.
—¿Qué sucede? —ansioso, Rudolf se asomó por la ventana del carruaje.
—Colgarán a un ladrón, señor. Y, como usted sabe, estos espectáculos vuelven loca a la plebe.
—¡Necesito llegar cuanto antes a lo del doctor Duerf! —lo apuró.

—Lo sé, señor. Pero ahora es muy difícil retroceder para tomar otro camino.
Rudolf se arrojó prácticamente del coche y avanzó, a los empujones, entre la gente que acudía para ver la ejecución. Era preciso que hoy mismo el doctor examinara a Elizabeth. La acosaban, desde días atrás, una tos, que se había vuelto cavernosa, y fiebres cada vez más altas. Agobiado por la imagen pálida de su esposa, apretó el paso. Se sentía lleno de temores: ¡qué frágil era la felicidad!
Cuando horas más tarde examinó a Elizabeth, el médico intentó disimular, frente a ella, su preocupación. Rudolf, que se dio cuenta, lo llevó aparte.
—¿Es grave lo que tiene? —preguntó.
—Es un organismo joven. Confiemos en que pueda defenderse bien —contestó elusivamente el doctor Duerf.

El esposo lo tomó por los brazos y lo obligó a mirarlo a los ojos.
—¡Quiero saber la verdad! —exigió.
—Está en manos de Dios —respondió el médico y poniéndose el abrigo salió dejando a Rudolf sumido en la desesperación más terrible.
Los días que siguieron, no se apartó un segundo del lecho de su esposa. Luchaba tenazmente contra la fiebre, lavando con paños fríos el debilitado cuerpo. Pero hora tras hora, la infección avanzaba y la batalla se perdía. Agotada por la tos, la joven casi no hablaba. Clavaba en Rudolf la mirada herida por el golpe inesperado. La rueda de la fortuna había girado hacia el lado siniestro. Adiós amor. Adiós música. Adiós dulces sueños.
Sentado a su lado, el esposo acariciaba las queridas manos, cada vez más delgadas. Cerrando los ojos, las veía deslizándose, gráciles, sobre el teclado del piano. Y luego, en dulce caricia, las sentía sobre su rostro. Sumido en el ensueño, no advirtió que las manos de Elizabeth perdían el calor de la vida. Aulló como un animal herido, cuando se dio cuenta de que ese frío helado, allí entre sus dedos, era el de la muerte.

III

Las blancas galerías desbordaban de entusiasmo. Toda la nobleza de Viena se había dado cita para ver el magnífico espectáculo de la Escuela de Equitación Española. Blancos, esbeltos, ricamente adornados, los caballos se desplazaban danzando la polca con la gracia y la precisión de una ligera bailarina. Sonaba ahora la melodía de una gavota y los

animales cambiaron el paso ajustándose al nuevo ritmo. Los ojos del público seguían deslumhrados con los gráciles movimientos. Solo Rudolf mantenía la mirada perdida. Una mirada que atravesaba la materia para hundirse en una región insondable. Obligado por sus amigos—sumamente preocupados por él— había concurrido a la presentación. Pero solo su cuerpo estaba allí. Su alma vagaba, en cambio, quién sabe por qué zonas inciertas en busca de su amada Elizabeth.

Al terminar la función, se despidió de sus camaradas con un pretexto y regresó al castillo. Pasaba largas horas en la sala del piano acariciando amorosamante el teclado. Le parecía sentir el roce de las manos amadas y las lágrimas bañaban entonces su rostro y caían sobre las teclas silenciosas.

A pesar de los esfuerzos de sus leales amigos, durante los meses que siguieron Rudolf se hundió, cada vez más, en una negra melancolía. Había abandonado todo lo que, en vida de Elizabeth, le causara placer. Ya no asistía a las presentaciones de las óperas ni frecuentaba los encantadores cafés donde solía beber con deleite su *einen Braunen* mientras se enteraba de los últimos chismes de la corte. Ya no competía en largas partidas de ajedrez ni participaba de las cacerías en los bosques. Su deseo, su pasión habían muerto con su esposa. Decidido a reunirse con ella, dejó de alimentarse. Hans, el criado que lo había visto nacer, lograba que ingiriera un caldo, suculento a fuerza de las carnes y verduras hervidas en él.

Uno de esos fríos atardeceres en que estaba tendido en el lecho, «esperando a la que vendría a buscarlo», según decía, Rudolf creyó oír en el piano aquella sonata de Haydn que Elizabeth iba a tocar en Schónbrunn. El corazón le dio un vuelco. ¿Era real lo que oía o era solo un invento de su debilitada imaginación? Trató de levantarse pero se mareó.

Recurrió entonces al caldo de Hans, quien, lleno de alegría, vio cómo su joven amo embuchaba un tazón detrás del otro. Recuperadas las fuerzas, bajó a la sala con el anhelo de descubrir de dónde venía la música. No había nadie. Sin embargo, la tapa del piano estaba levantada y al acariciar las teclas Rudolf las sintió tibias.

—¡Elizabeth, Elizabeth! —clamó.

Asustado, Hans acudió.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó inquieto.

Sin responderle, el joven retornó a su cuarto con la convicción de que la música volvería. Y así fue. Esa misma madrugada, oyó nuevamente el adagio. ¡Nadie sino ella podría interpretarlo así!, se dijo.

—¡Elizabeth, Elizabeth! —la llamó buscándola por todo el castillo.

Una mano se apoyó en su hombro. Giró lleno di- esperanza y se enfrentó a un rostro arrugado, aiónito.

—Vuelva al lecho —le dijo Hans con tono preocupado—. Ella ya no está entre nosotros, señor.

Se dejó conducir mansamente. ¿Qué sabía ese pobre viejo? Él la encontraría. Mañana mismo iría a buscarla.

Ató los caballos al coche. Partiría antes del alba para llegar al anochecer. El viaje tomaría un par de jornadas. Estaba intranquilo. No deseaba dejar a su joven amo en esas condiciones. Lo había sorprendido buscando a Elizabeth por todo el castillo. Como si hubiera olvidado que estaba muerta. Pero Rudolf se había encaprichado: quería tomar el licor que los benedictinos elaboraban en su abadía. Y él, Hans, debía ir a buscarlo. Por otra parte, se alegraba de que el muchacho se entusiasmara por algo, aunque más no fuera por el licor. Volvería lo antes posible, pensó el viejo, mientras se montaba

al pescante.
Desde la ventana de su cuarto, Rudolf lo vio partir. Le había costado convencer al fiel Hans para que lo dejara solo. No quería testigos. Pensarían que estaba loco. Pero él sabía la verdad, había comprendido. Se calzó un par de botas altas y se abrigó con una capa. Necesitaba una lámpara y una pala. Las hallaría cerca de las caballerizas, donde se guardaban las herramientas.
Hacía frío y la luna iluminaba apenas el paisaje desolado. Tarareando el adagio, se encaminó hacia el cementerio. Había llovido recientemente y sus botas se hundían en el barro dificultando la



travesía." Pero él se sentía liviano. Los árboles proyectaban sus sombras sobre las tumbas. El grito de un buho lo sobresaltó. «Elizabeth Von Hagen 1740-1757», leyó al iluminar la lápida. La liberaría. Con las manos, retiró las losas que cubrían la tierra y empezó a cavar. Pese al frío, su frente se perló de sudor. Se sentía débil y el esfuerzo era intenso. De pronto, la pala golpeó algo duro: el ataúd donde Elizabeth yacía encerrada. Con las pocas fuerzas que le quedaban, quitó la tierra hasta descubrir, por completo, la caja oscura. Fue entonces cuando oyó —clara, bella, precisa— la sonata. ¡Venía desde allí adentro! ¡Lo sabía! ¡Sabía que Elizabeth estaba viva! Ella lo había llamado con su música. Desesperado, arrancó la tapa. La sacaría de allí. Volverían a ser felices, felices para siempre. Antes de ver, lo estremeció el olor. Cuando pudo reponerse del hedor de la muerte, descubrió, horrorizado, los gusanos asomando por las cuencas vacías. Se desmayó.
Largo rato después, volvió en sí. La música seguía sonando. Podía oírla con total claridad y ver las blancas manos de Elizabeth corriendo por el teclado. Se incorporó. Se obligaría a mirar una vez más dentro del ataúd. Entonces, recién entonces, las vio. ¡Era un milagro! Si el resto eran despojos, las manos, en cambio, se habían conservado intactas. ¡Las manos de Elizabeth! Blancas y tibias, palpitantes de vida. Cuando Rudolf las tomó entre las suyas, se desprendieron suavemente del cadáver.

El muchacho las llevó hasta su pecho donde se refugiaron en busca de calor. Durante el trayecto de regreso, les habló con palabras tiernas y pudo sentir cómo ellas le respondían con caricias. Ya en el castillo, dejó que se posaran sobre el teclado

del piano. Llenas de gracia y sabiduría, interpretaron para él la sonata. Rudolf reía de felicidad. Y cuando la música terminó, cubrió de besos las queridas manos.

V

Faltaban pocos kilómetros para llegar, Hans apuró a los caballos. Durante todo el camino había tenido un mal presentimiento. Temía por la salud de su joven amo y rogaba que estuviera bien. Había aprovechado el viaje a la abadía para solicitar consejo a los monjes. Al relatarles que Rudolf creía ver a la muerta, el superior prometió ir al castillo y asperjarlo con agua bendita. Así alejarían a los espíritus malignos que podrían haberse apoderado del lugar y de su dueño.

La residencia estaba en silencio cuando empujó la pesada puerta. Todo parecía en orden. Se tranquilizó. Buscando a su amo, llegó hasta la sala del piano. Allí lo encontró. De espaldas, inclinado sobre el teclado. El criado avanzó hacia el muchacho para ofrecerle el dulce licor benedictino. Pero las botellas se hicieron añicos contra el piso y la bebida se derramó como el llanto cuando Hans vio la horrorosa escena. Ajeno a la presencia del viejo y ajeno para siempre a la realidad de este mundo, Rudolf besaba apasionadamente unos desnudos y afilados huesos. Los pálidos restos de las que habían sido las blancas, bellísimas manos de Elizabeth.

La venganza del Rojo

I

Lo llamaban el Rojo porque su pelo, sus barbas, sus ropas estaban siempre teñidas de la sangre de las víctimas. Robaba y mataba porque sí. Había masacrado a familias enteras sin perdonar siquiera a los niños.

Lo atraparon dormido, borracho. Encerrado dentro de una jaula, fue juzgado y condenado a la horca. Sin temblor en la voz, el juez pronunció la sentencia. Un Rígido salvaje salió de las fauces del Rojo. Y luego, una amenaza:

—¡Volveré para vengarme en quien más
amas!

En la cabeza del juez se dibujó nítida la imagen de Clara, su pequeña hija, y un temblor lo sacudió. Rápidamente se recompuso.

—¡Que se cumpla la sentencia! —dijo.

La horca se levantó en el llamado Cerro de la Muerte, allí donde

el Rojo había asesinado a muchas de sus víctimas. Cuando le pusieron la soga al cuello, el criminal se orinó de miedo mojando la tierra bajo sus pies. Luego, el cuerpo quedó colgando como un enorme muñeco roto.
La tranquilidad volvió a la comarca. El Cerro y su sangrienta historia fueron quedando en el olvido. Salvo para una persona: la anciana madre del Rojo que iba allí a llorar la muerte de su hijo. En una de esas visitas advirtió que, donde se había levantado la horca, crecía una planta de larga cabellera desordenada. La mujer, que practicaba la magia, adivinó que se trataba de la poderosa mandragora que solo crece en tierra regada por el orín de un ahorcado. Supo entonces que su hijo vivía transmutado en esa planta mágica y empezó a hablarle, contándole sus penas y sus esperanzas. La mandragora parecía escucharla como jamás el Rojo lo había hecho.

II

De carácter alegre, a pesar de la muerte de la madre que la había dejado tempranamente huérfana, Clara, la pequeña hija del juez, crecía y se transformaba en una hermosa muchacha. Tenía un sinfín de amigos y algunos enamorados a quienes no prestaba atención. Pero, de pronto, algo sucedió.
Era una soleada tarde de mayo. La primavera se insinuaba en el aire aromado de naranjas, en las flores que empezaban a abrirse, en el agua cantarína de los arroyos. Clara bordaba un pañuelo, sentada a la sombra fresca de un tilo. Cuando levantó los ojos, vio venir hacia ella a un desconocido. El corazón echó a latir, desenfrenado. La joven se asustó de lo que sentía. Jamás

le había pasado algo así. El muchacho, ajeno a la pasión que había despertado, pasó junto a Clara sin verla. Turbada, fuera de sí, lo vio alejarse y recién entonces pudo observar que era alto, moreno y de fuerte contextura. Llena de curiosidad, no tardó en averiguar que Edmundo había venido a visitar a su primo Fabio a quien ella conocía bien. De modo que, cuando días más tarde el mismo Fabio la invitó a asistir a un baile en su casa, aceptó inmediatamente.
La víspera de la fiesta, Clara se probó un vestido detrás de otro. Ninguno parecía quedarle bien. El juez estaba muy sorprendido con la conducta de su hija. Catalina, el ama de llaves que la había criado, sugirió al desconcertado padre cuál podía ser el motivo del asombroso cambio.
—¿De verdad crees que mi niñita se enamoró? —preguntó extrañado. Y luego agregó:
—¡Pero si es una criatura!
Cuando finalmente Clara pudo decidir cuál era la ropa que le quedaba bien, el padre no tuvo más remedio que admitir que su hija había crecido. La gasa blanca del vestido ceñía con gracia el pecho turgente y la cintura breve. El cabello, largo y castaño, enmarcaba los grandes ojos negros que brillaban con una luz especial.

Al compás de la música, los invitados giraban como trompos. El baile ya había comenzado cuando Clara llegó. Inmediatamente sus ojos buscaron a Edmundo que, disputado por las muchachas, cambiaba una y otra vez de pareja. Cuando llegó a sus brazos, ella sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies y tuvo, vertiginosa, la sensación de volar. Un vacío en el estómago, un dulce mareo, una languidez cercana al desmayo. Otra muchacha vino a reclamarlo. Clara los vio alejarse girando y el

dolor de sentirse separada de Edmundo le resultó intolerable. Ajeno a las emociones intensas de la muchacha, él disfrutaba del baile y de la atracción que despertaba.

Para sorpresa de los amigos, los días que siguieron la hija del juez se plegó a todas las salidas pensadas para festejar al visitante. Cada hora junto a Edmundo, la enamoraba más. No solo era buen mozo sino simpático y gentil. Había logrado granjearse la amistad de los varones, a pesar de su éxito con las mujeres. Y si bien él era amable con todas, no parecía inclinarse por ninguna en especial. Esta actitud encendía aún más las pasiones. En especial, la de Clara. Faltaban apenas tres días para que Edmundo regresara a su tierra. Tres días para enamorarlo, para retenerlo junto a ella. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

IV

Clara entró a la tienda en busca de puntillas para adornar un vestido. Ahí estaba él. Asombrada, lo vio elegir telas de delicada textura: sedas, gasas, encajes.
—¿Un regalo para tu madre? —peguntó sin pudor.
—Para mi novia. Para el vestido de bodas —respondió Edmundo sonriente.
Muda, pálida, herida. Como una gacela que, al inclinarse a beber el agua que saciará su sed, recibe una flecha en su costado, así recibió Clara la noticia.
Regresó a su casa y derrumbándose sobre el lecho lloró hasta el amanecer cuando el agotamiento logró vencer al dolor. A la mañana siguiente, como la joven no se levantara para desayunar, Catalina fue a despertarla. La vio tan pálida y tan profundamente dormida que, aterrada, la creyó muerta. A los gritos de la mujer, acudió el padre. Llamaron al médico. Éste solo recomendó que la dejaran descansar. Durante todo el día, el ama de llaves veló el sueño de la querida niña. Cuando por fin abrió los ojos, las lágrimas de Clara volvieron a correr incontenibles. La antigua pena por la muerte de su madre se reavivó. Ni siquiera la tengo a ella para confiarle lo que me pasa, se decía entre sollozos. Catalina le rogó largamente que le contara el motivo de su llanto pero la muchacha no soltaba prenda. Su propio dolor y los ruegos de la mujer terminaron por hacerla ceder.
—No hay ninguna esperanza para mi amor —dijo en un murmullo. Y luego agregó:

—Le pertenece a otra. Otra a la que odio con toda mí fuerza.
Catalina era capaz de lo que fuera por evitar el sufrimiento de la querida criatura. Y aunque lo ocultaba cuidadosamente para evitar el enojo de su amo el juez, creía firmemente en el poder de los he-• chizos. Inmediatamente pensó en conseguir un filtro de amor. Un brebaje para que Edmundo quedara prendado de la dulce Clara. Entonces, recordó a una anciana que vivía en las afueras de la aldea y que practicaba la magia. A ella le encargaría la bebida.

V

Tomó entre las manos el muñeco que remedaba la figura del juez y que tenía alfileres clavados en distintos lugares del cuerpo. Rió con ferocidad y luego, hablándole como a una persona,

la anciana dijo: —¡Por fin mis conjuros han tenido efecto! ¡Ha llegado el momento que preparé durante años! ¡Ahora será la vida de tu hija por la vida del mío! ¡Ya lo verás!
Momentos antes, Catalina, que había olvidado por completo que esa anciana era la madre del Rojo, el feroz asesino condenado a la horca por el padre de Clara, le había pedido que elaborara un filtro de amor. Y ahora, inocente de la tragedia que había puesto en marcha, se lo contaba a Clara que, feliz, la cubrió de besos y de abrazos hasta hacerla gritar.
Aquella misma noche, la hechicera se dirigió al Cerro de la Muerte con un enorme perro negro como única compañía. Redonda y plena, la luna brillaba en un cielo sin estrellas,

iluminando la frondosa cabellera de la planta.
—Perdóname por lo que voy a hacerte —dijo en voz baja la mujer, acariciando las hojas de la mandragora como si fueran los rojos cabellos del hijo. Y luego de un silencio, agregó:
—Ésta es nuestra oportunidad de venganza.
Ató el enorme perro negro, con una soga, al tallo de la planta. Un fuerte rebencazo en la grupa y el animal corrió, despavorido, arrancando la mandragora de un tirón. Herida de muerte, la planta lanzó al aire espantosos gemidos. Unos metros más allá, el perro cayó fulminado.
—¡Ay hijo! —se lamentó la hechicera al contemplar la desnuda raíz que semejaba a un cuerpo humano—. Debiste morir una segunda muerte pero ésta no será en vano —juró.
En un caldero, puso a hervir la raíz mágica que desprendió un líquido verde y espeso. Lo recogió en una botella.
Era el atardecer cuando Catalina pasó a recoger el filtro que haría la felicidad de Clara.

VI

¿Cuándo la tomaría?, se preguntaba llena de • ansiedad. Edmundo sostenía la copa como si no se decidiera a bebería. Un criado, sobornado por Catalina, había cambiado la bebida preferida del muchacho, el licor de menta, por ese brebaje verde y espeso. Ajeno al engaño, él seguía charlando con los que lo rodeaban. Finalmente, llevó la copa a sus labios. El corazón de Clara latió desbocado. ¿Y si se daba cuenta? Dio un suspiro de alivio cuando, de un trago, Edmundo bebió el contenido. Inmediatamente lo vio desplomarse sobre una silla. Corrió hacia él con el temor de haberlo enfermado. O peor, envenenado.

—No es nada, no es nada —la tranquilizó Edmundo. Pero íntimamente sentía algo extraño, difícil de explicar. Era como si «otro», un desconocido se hubiera apoderado de su cuerpo y de su voluntad. Miró a Clara. Y un sentimiento salvaje se despertó en él. Incorporándose, la tomó en sus brazos y, antes de que ella alcanzara a reaccionar, la obligó a girar en una danza furiosa. Los demás los miraron asombrados. Luego, se apartaron para dar lugar a ese baile que parecía conducir el mismo demonio.

Al día siguiente, para sorpresa y escándalo de todos, Edmundo pidió al juez la mano de su hija. El padre la negó. LIn hombre que se enamoraba de un día para otro y quebrantaba una antigua promesa de matrimonio,

sentenció, no era un hombre en quien se pudiera confiar. No valieron llantos ni ruegos para torcer su decisión.
Dispuesta a no perder lo que había logrado, Clara decidió fugarse con Edmundo. Supuso que, frente a los hechos consumados, el padre no tendría más remedio que aceptar la situación. Él la juzgó con la misma severidad que aplicaba a los delincuentes.
—Mi hija ha muerto para mí —dijo sin que le temblara la voz.
Catalina, por su parte, estaba desolada. Se sentía responsable del conflicto. ¡No debí haberle pedido el filtro a la hechicera!, se decía. Con el tiempo, Clara seguramente se habría olvidado del muchacho. En cambio, así... Estos pensamientos daban vuelta en la cabeza de la mujer cuando, de golpe, recordó. Como un rayo, la verdad se abatió sobre ella. ¡Esa hechicera a la que había acudido era la madre del Rojo! Entonces, comprendió que, sin quererlo, había puesto en marcha una tragedia. Desesperada, se echó a los pies del juez confesándolo todo y rogándole que perdonara a Clara. Lejos de acceder a la petición, él despidió al ama de llaves sin miramientos.

VII

En la calle. En la plaza. En la iglesia. En cualquiera de los negocios a los que entraba, Clara podía sentir las miradas de odio. Y oír los comentarios malignos. En la nueva comarca, nadie la quería. Ella era la culpable de

que Edmundo hubiera abandonado a María, la novia de toda la vida. Ella era también la responsable de los oscuros cambios del muchacho. Él siempre tan bondadoso, alegre y solidario se había vuelto hosco, grosero y egoísta. Más que eso, decían algunos. Malvado. Parecía gozar con el sufrimiento de los demás. Y se ensañaba sobre todo con los más débiles e indefensos.
Clara, que había creído tocar el cielo con las manos al conseguir a Edmundo, pronto comprendió el error que había cometido. Transformado en un ser cruel y despiadado, no perdía ocasión de humillarla y hacerla sufrir. Ella era la víctima preferida.

Sin amor, sin amigos, sin nadie a quien poder contarle la verdad de lo que le sucedía, Clara escribió a su padre una carta desesperada, rogándole que la perdonara y le permitiera volver. Él ni siquiera le respondió. Pensaba que ella tenía lo que había buscado.
Días y noches de soledad y llanto. En su inmensa angustia, encontró consuelo en un animali-to. Un pequeño gato abandonado que entró al patio de la casa en busca de comida. Lo acogió en secreto. Si Edmundo se enteraba de su presencia, podría lastimarlo. Lo llamó Sombra. Como en sombra se había convertido la felicidad que había creído alcanzar. Sombra fue su amigo y confidente. A él le contaba sus recuerdos felices. Le hablaba de su casa y de Catalina, de sus amigos. De la gente y de los lugares a los que deseaba volver. El gato le correspondía ronroneando en su falda o durmiendo a

su pies.
Aquella madrugada, soñaba con su hogar. Se veía confortada por su padre, que la había perdonado, y por Catalina que, dulcemente, peinaba sus cabellos. El canto destemplado de un borracho la despertó. Oyó los pasos torpes y pesados de Edmundo en la escalera. Sombra dormía enrollado junto a ella. Aterrorizada, Clara lo escondió bajo las sábanas. De un puntapié, el hombre abrió la puerta. Tenía el pelo sucio y desgreñado, y una barba que había crecido con una extraña tonalidad rojiza.

También sus ojos estaban enrojecidos y en las ropas, la muchacha creyó advertir manchas de sangre. En ese momento, se oyó, nítido, el maullido.
—¿Dónde está? —gritó, desaforado, el hombre.
—¿Quién? ¿Dónde está quién? —preguntó Clara temblando como una hoja—. ¡Aquí no hay nadie más que yo!
—¡No me mientas, desgraciada! —vociferó él y de un solo tirón arrancó mantas y sábanas.
Hecho un ovillo, allí estaba Sombra.
—¡Ah, querías esconderlo de mí! ¿No? —y abalanzándose sobre el gatito, lo tomó de la cola dispuesto a arrojarlo por el aire.
—¡No! —gritó Clara y, fuera de sí, se lanzó sobre Edmundo que, entorpecido por el alcohol, no alcanzó a reaccionar. Le arrancó el puñal que llevaba en la cintura y, ciega de desesperación, lo hundió, una y otra vez, en el pecho del hombre. Él trastabilló, intentó tomarla del cabello y, finalmente, cayó herido de muerte.

r^ras después llegaron los guardias. Venían a prender a Edmundo que, en una pelea, había matado a un hombre. Lo que vieron, les partió el corazón. Sentada junto al cadáver ensangrentado, Clara, perdida la razón, canturreaba una cancioncilla infantil mientras un gato ronroneaba en su regazo. Como no podía ser juzgada, la encerraron, para siempre, en el hospicio.

Cuando el juez, su padre, se enteró de lo sucedido, sintió una enorme tristeza. Día tras día creció el arrepentimiento por no haber perdonado ni ayudado a Clara. Tarde, se dio cuenta de que su corazón se había vuelto de piedra como de piedra era el corazón de aquel asesino condenado a morir en la horca.

—¡Volveré para vengarme en quien más amas! —la cruel amenaza resonó en su memoria.

Y entonces, lleno de remordimientos, el juez comprendió que, sin quererlo, él mismo había sido un instrumento para que se cumpliera la terrible venganza del Rojo.

Mantícora

Hacía horas ya que los sabuesos de San Huberto seguían tenazmente la pista del jabalí. De pronto, ladraron excitados. El cazador preparó la escopeta y apuró el caballo. Los perros se adelantaron. Se agudizaron los ladridos. ¡Lo tienen!, pensó el hombre y un escalofrío corrió por su cuerpo. Cuando, listo para disparar, llegó junto a los canes, sus ojos no dieron crédito a lo que veían. Ladrando furiosamente los animales rodeaban, no al enorme jabalí que imaginó, sino una humilde choza. Antes de que se repusiera de la sorpresa, una joven menuda, de ojos claros, se asomó. Los sabuesos intensificaron sus ladridos.

—¡Cállense, idiotas! —gritó el hombre, enojado—. Disculpe, señorita —dijo luego—. No sé qué les pasa. Parece que hubieran perdido el olfato.

Ella no se mostró asombrada por la furiosa reacción de los perros. Rió suavemente e invitó a entrar al recién

llegado.
—No puedo entender cómo se equivocaron así —siguió diciendo él, desconcertado.
Por toda respuesta, la muchacha volvió a reír suavemente y le ofreció agua fresca y un trozo de pan casero. El hombre saboreó el pan todavía tibio.
—Está delicioso —elogió mientras la observaba con atención. Era bonita, con su cabello corto y oscuro y su piel tan blanca. ¿Por qué viviría sola en medio del bosque? No se decidió a preguntárselo. En cambio, dijo:
—Corren rumores extraños acerca del lugar... Ella lo miró con sus grandes ojos claros, esperando que continuara.
—Dicen —siguió él— que aquí habita una bestia fabulosa llamada mantícora. Tiene cabeza de hombre y ojos de rubí, cuerpo de león y una cola venenosa. Dicen que lo que más le gusta es devorar carne humana...
Ahora, la muchacha se echó a reír a carcajadas.
—¡La gente es tan tonta! ¿Cómo podría existir una bestia semejanle? La verdad es otra —exclamó y él oyó por primera vez la voz cristalina.
—Entonces, ¿cual es la verdad? —preguntó lleno de curiosidad.
—La mantícora es un invento —aseguró—. Una fábula creada por algunos cazadores para ser los únicos en apropiarse de los enormes jabalíes que pueblan el bosque. Echaron a correr el rumor para desanimar a posibles rivales. —Y luego, mirándolo a los ojos, preguntó:
—¿Acaso yo viviría sola aquí si existiera una bestia semejante? Hace tiempo ya que me habría devorado.
Al cazador le pareció muy atendible el argumento de la

muchacha. Y aprovechó la conversación para averiguar por qué vivía sola en el bosque. Supo entonces que, hasta el año anterior, había vivido con el padre, un leñador. Cuando el hombre murió aplastado por un árbol, ella decidió quedarse en el lugar donde se había criado. Allí tenía todo lo que necesitaba. El alimento estaba al alcance de la mano: bastaba con arrancar los frutos o cazar pequeños animales. Muy raramente iba al pueblo. En el bosque era feliz, dijo.

Afuera los perros ladraron y el cazador recordó que era hora de ponerse nuevamente en marcha si quería obtener alguno de los grandes jabalíes. La muchacha le indicó en qué dirección encontrarlos y luego, riendo suavemente, lo despidió desde la puerta.

Anduvo un par de horas en la dirección indicada. Los perros parecían desorientados. Por momento encontraban un rastro y enseguida lo perdían. Cuando empezó a anochecer, el cazador decidió regresar. Mañana volvería a probar suerte. Pero, en ese momento, los sabuesos se lanzaron en loca carrera. Habían encontrado la pista. Animado por la cercanía de la presa, el hombre fue tras los animales que ya se internaban en lo profundo del bosque. Entonces, inesperadamente, el caballo se paró sobre las patas traseras con un relincho de terror, arrojándolo al suelo. No alcanzó a incorporarse cuando algo, pesadamente, le cayó encima. Sobre su cara, vio dos lumbres encendidas antes de que las poderosas garras le destrozaran el pecho.

En lo profundo de la espesura, relumbraban los ojos de rubí de la mantícora, mientras sus tres filas de dientes desgarraban la deliciosa carne humana. Cuando terminó

de devorar al cazador, la bestia dejó escapar un suspiro. Luego, satisfecha, se echó a dormir.
En la comarca corrió la noticia: otro muchacho había desaparecido como tragado por el bosque. El jefe de la comunidad ordenó una batida para buscarlo. Se organizaron distintos grupos. Uno de ellos se dirigió a la choza de la hija del leñador. Quizás ella supiera algo.
Cuando la muchacha se asomó a la puerta, los hombres retrocedieron impresionados. Un fuerte olor a bestia emanaba de su piel. ¿Cómo siendo tan bonita podía oler así?, se preguntaron en silencio. Como si les hubiera leído el pensamiento, ella rió suavemente y dijo:
—La grasa de jabalí es buena para mantener la suavidad de la piel.
Los hombres se miraron: si las mujeres eran incomprensibles, ésta lo era aún más. Uno de los recién llegados contó, entonces, cuál era el motivo de la visita; Focos días antes, dijo, un joven cazador se había internado en el bosque y nada se había vuelto a saber sobre él. Quizás ella lo había visto, inquirió.
—Nadie me ha visitado desde hace tiempo —afirmó la muchacha con seguridad—. Me alegra de que ustedes lo hagan porque tanta soledad empezaba a aburrirme. —Luego, les ofreció agua fresca y pan recién horneado. Mientras lo saboreaban, los visitantes la interrogaron sobre la existencia de la mantícora. Ella rió suavemente:
—Es un invento. Solo un invento.
Partieron no sin agradecerle la hospitalidad. Y buscando alguna pista del joven cazador se internaron en el bosque. Lo rastrearon palmo a palmo. Por fin, en medio de unos matorrales dieron con los jirones

ensangrentados de su ropa. Algunos metros más allá, hallaron la escopeta con todas las balas. No era un jabalí el que lo había atacado, pensaron. ¿Qué clase de bestia, entonces? Mimetizada con la espesura, mientras tanto la mantícora espiaba a los hombres fuertemente armados. Excitada por el olor de la carne humana, esperaba que alguno se ..paitara del grupo para atacarlo.

Cuando los exploradores regresaron con las malas noticias, el jefe de. la comunidad decidió que nadie más entraría en ese bosque. Algo maligno se escondía allí. Mandó a clausurar todas las entradas. Si no era posible encontrar al culpable de las desapariciones al menos era posible evitar otras.

La hija del leñador fue advertida de lo que sucedería. Pero aun así insistió en permanecer en el lugar.

—Me crié aquí. Mi padre está enterrado aquí. Todo lo que yo quiero está en este bosque. No tengo nada que temer. En todos estos años jamás me ha sucedido algo malo. ¿Por qué iba a ocurrirme ahora?

En la comarca siempre habían pensado que la muchacha era rara de modo que no se peocuparon más por ella. Las entradas del bosque fueron tapiadas y-se establecieron guardias para que la prohibición se cumpliera.

Pasó un mes. Nadie volvió a entrar en el sitio prohibido. Ningún cazador a quien ofrecerle agua fresca y pan recién horneado, pensó, con tristeza, la muchacha. Luego, sola en la choza, dejó caer sus prendas una a una y ya desnuda fue untando cuidadosamente cada centímetro de su cuerpo con grasa de jabalí. Se la puso

aun en el pelo. Debía cubrirse completamente con ella.
Era el atardecer y el bosque estaba en silencio. Caminando, se internó en la espesura. Apartaba matorrales para avanzar. Detrás de los más tupidos, la encontró. Echada en tierra, la mantícora desfallecía. Fue hacia el fantástico ser. Tomó la cabeza de hombre entre sus manos y besó la frente, los párpados cerrados, la boca que guardaba las tres filas de dientes. Se abrieron los ojos de rubí de la mantícora y los labios esbozaron una sonrisa pequeña.



—Si no como pronto, moriré —dijo con voz apenas audible.

La hija del leñador acarició el cuerpo de león enflaquecido. No podía dejar que la bestia muriera. Era su amor. Vivía por él. Para ver encenderse de pasión los ojos de rubí. Conseguiría el alimento. Lo haría a cualquier precio.

—Te traeré comida —dijo depositando con cuidado la

cabeza de su amante sobre la tierra—. Lo único que te pido es que no te muevas de aquí. *¡No lo hagas ni siquiera aunque olfatees carne humana!*

—Te esperaré —respondió la mantícora y cerrando los ojos se quedó dormida.

De regreso en la choza, la muchacha llenó la tina con agua del aljibe. Se sumergió en la frescura y frotó enérgicamente su cuerpo con jabón de rosas. Debía quitar todo rastro del olor a jabalí. Ese olor tan querido que le permitía ocultar su condición de humana y acercarse a la bestia sin peligro, no era atractivo para un hombre. Y lo que ella necesitaba ahora era conquistar a uno y traerlo al bosque para que su amor, su único amor, no muriera de hambre. Acabado el baño, el olor de su piel la sorprendió. Ya casi lo había olvidado.

Era una noche oscura, sin luna. Soplaba una leve brisa que se perfumaba con el aroma a rosas. Sumergida en un pesado sopor, la mantícora dormitaba. Se había resignado a morir. No podía salir de ese bosque donde la protegía el amor de la muchacha. ¿Adonde iría? Su memoria recreaba una y otra vez el sabor de la carne anhelada. Nunca más volvería a gustarla, pensó con dolor. ¡Se sentía tan débil! Pero entonces, el olfato adormecido despertó. Se dilataron las aletas de la nariz. El aire ligero parecía traer ese aroma inconfundible. No, No era cierto. Su mente alucinaba. Sin embargo, el olor estaba allí. Cobraba cuerpo, consistencia. Casi podía tocarlo. Lentamente se abrieron los ojos de rubí. Se aceleró la respiración. El cuerpo de león se tensó. El perfume, cada vez más intenso y provocador, venía desde el oeste. La bestia probó ponerse en pie. De

pronto, unas palabras resonaron en su memoria: «¡No te muevas de aquí ni siquiera aunque huelas carne humana!» ¿La muchacha las había pronunciado o eran producto de un sueño? ¡Carne humana, carne humana! Ésa era la promesa del aroma. Fortalecido, logró ponerse en pie.

La muchacha rió suavemente. Un par de kilómetros apenas y llegaría adonde los hombres montaban guardia. No le sería difícil enamorar a uno. Apretó el paso. Volvió a reír al imaginar la felicidad de la querida bestia cuando le entregara la presa codiciada. Perdida en la ensoñación, no advirtió que en la espesura la acechaban dos lumbres encendidas. Algo cayó pesadamente sobre ella, derribándola.

—¡No, no! ¡Soy yo, soy yo! —alcanzó a decir antes de que las tres filas de dientes le destrozaran la garganta.

Enceguecida por el deseo, la mantícora la devoró sin reconocerla.

Pasaron algunos años y la gente olvidó las razones por las que el bosque había sido cerrado. Cierta mañana, un cazador que seguía la pista de un enorme jabalí penetró en la espesura que ya nadie vigilaba. Siempre detrás de las huellas, llegó hasta la choza donde, en otros tiempos, había vivido la hija del leñador. Empujó la puerta y entró. El aire olía a rosas. La habitación, que era a la vez cocina y dormitorio, estaba en orden. Sobre la cama, cuidadosamente hecha, se veían una falda y una blusa. En el horno de barro, el pan había endurecido por la espera. Como si la dueña del lugar hubiera salido

solo por un rato para no regresar jamás. Intrigado por el misterio, el cazador salió en busca de otros rastros. Cerca del aljibe descubrió el esqueleto de un extraño animal. Lleno de curiosidad, se acercó. Dos piedras brillaban entre los huesos. Al recogerlas, advirtió que eran rubíes. Muy sorprendido, sintió que su mano se humedecía, se mojaba. Y entonces, salobres, cristalinas, vio correr las lágrimas. Lágrimas preciosas, inagotables lágrimas que brotaban sin parar de los rubíes, rojos por el llanto.

Amores que matan

A través de los auriculares conectados al canal 5, la música de «Ace of Base» llegaba a los oídos de Gabriel mientras en su cabeza se armaba un verdadero videoclip. Las imágenes de los últimos acontecimientos vividos se superponían en una fantástica mezcla. Los flashes de la entrega del premio eran seguidos por la impactante altura de las torres gemelas que cedía paso a una imagen resplandeciente: aquélla de la muchacha con traje de lentejuelas deslizándose, graciosa como un cisne, por la pista de hielo del Rockefeller Center. Mientras volaba desde Nueva York hacia Florencia, Gabriel no podía creer lo que le estaba pasando.
«Es gracioso que me haya dado tanta suerte un libro que solo trata de amores desgraciados», pensó saboreando el pollo al champignon que la azafata acababa de servirle.
Todo había comenzado con un pedido hecho a los artistas plásticos conectados a Internet. Gabriel debía ilustrar un libro titulado *Amores que matan* y necesitaba material de referencia sobre brujas, vampiros, monstruos y otros seres fantásticos.

Recibió, desde distintas partes del mundo, toda clase de pinturas, ilustraciones y grabados que abarcaban distintas épocas. Pero las imágenes más impactantes y originales le llegaron desde Florencia enviadas por una tal «Medusa». A partir de ese material, Gabriel elaboró las ilustraciones que gustaron tanto al director editorial que, no solo las aprobó sin pedir ni un retoque, sino que las seleccionó, entre otras, para enviarlas a un certamen internacional que se celebraba en Nueva York.
Un mes más tarde, lo llamaron desde la «Illustrator's Society» para comunicarle que era el ganador del concurso. Gabriel creyó que algún amigo le estaba haciendo una broma.
—Bueno, córtala —le respondió al asombrado secretario de la institución que, pese a todo, insistió en sus afirmaciones.
Cuando se dio cuenta de que realmente había ganado, se puso a saltar y a gritar de tal modo que su interlocutor le preguntó si ésos eran los gritos de los famosos indios de la pampa. Ni bien cortó con el apabullado yanqui, envió un E-mail a Florencia:
«Medusa en super.geeks.com. ¡Gracias, gracias, gracias! Todavía no puedo creer lo que me está pasando. Gracias a ti, gracias al material que me mandaste, mis ilustraciones ganaron el certa-men.Viajo a Nueva York a recibir el premio y luego iré a Florencia para agradecértelo personalmente».

¿Qué le depararía el encuentro? A medida que se acercaba a destino, Gabriel empezó a sentirse inquieto.

Sabía que la chica era escultora y que vivía sola en su taller. Imaginaba, por cosas que ella había comentado en su E-mail, que pertenecía a una familia adinerada que sostenía, sin problemas, una vocación costosa. Medusa parecía simpática, divertida y una genia en mitología griega. Pero ¿qué sucedería si, personalmente, resultaba un plomo? ¿Cómo zafar si no le gustaba? Después de todo él se sentía en deuda con ella.
El avión empezaba a descender. Desde el aire vio las aguas celesteverdosas del Arno. Vio los techos, entre los que sobresalía la hermosa cúpula de la Catedral, y cuyo color lacre contrastaba con el verde intenso de la vegetación. Gabriel, que llevaba todavía en los ojos la desmesura de los rascacielos de Manhattan, sintió que volar desde Nueva York a Florencia era exactamente como viajar en el tiempo. No solo el océano y miles de kilómetros separaban a los dos ciudades sino también una distancia de siglos. Obedeciendo al cartel que se encendía, se ajustó el cinturón de seguridad y se dispuso a aterrizar en destino.

«Sobre la derecha del Palazzo Vecchio, se encuentra la Loggia de la Signoria, construida en 1376. Es tan interesante por su arquitectura como
por las esculturas que encierra», leyó en la guía. Eso estaba muy bien. Pero ¿cómo llegar hasta la Loggia, el lugar donde Medusa lo había citado ese mismo día por la tarde? Gabriel abrió el mapa y ubicó el Palazzo Vecchio al que accedería por la Via dei Calzaiuoli. De

todos modos, era temprano para la cita. Podía vagar por las calles a su antojo. Los grupos de turistas que, llenos de prisa, corrían de un lado al otro, no lograban, sin embargo, alterar la serenidad de Florencia.
«¡Qué loco —pensó Gabriel—, pasar, en pocas horas, del torbellino de 'la Gran Manzana' a esta sensación de eternidad!»
Caminó por el Ponte Vecchio, deteniéndose en cada uno de los pequeños y encantadores negocios de los orfebres. Asomado a las aguas del Arno, se preguntó de qué color serían los ojos de Medusa. Comió una deliciosa pasta a la manteca («al burro» como le dijo el mozo) en uno de los «ristoranti economici» indicados por la guía. Reservaba los «ristoranti principali» para invitar a su amiga.
Cuando faltaba poco más de una hora para la cita, se encaminó al Palazzo Vecchio.
«Fue la'antigua residencia de los Mediéis, familia que gobernó la .ciudad durante tres siglos y la llevó a su máximo esplendor», leyó Gabriel en su libro. Decidió pegar un vistazo a la Loggia de la Signoria donde un rato más tarde se encontraría con la chica. «Perseo usó el escudo de Atenea, como espejo, para acercarse a la Medusa», oyó, asombrado, la explicación que un guía daba a un grupo de turistas españoles. ¿Perseo? ¿Medusa? ¡Entonces había una historia que él no conocía y que vinculaba a un Perseo y a una Medusa! Perseo, que era el verdadero apellido de Gabriel, había sido el nombre elegido por él para su acceso a la Internet. La elección del nombre «Medusa», en cambio, no debía ser una casualidad, pensó. Siguió escuchando

la historia. Así supo que el tal Perseo había cortado la cabeza de la Medusa —un ser monstruoso con cabellos de serpientes— cuya visión convertía en piedra al que la contemplaba. Llegar hasta ella había implicado una compleja operación que habría sido imposible sin la ayuda de los dioses Atenea y Hermes. La diosa le procuró a Perseo su reluciente escudo para que éste, avanzando de espaldas, viera reflejado en el mismo, como en un espejo, la terrorífica imagen de la Medusa. De este modo, el héroe logró llegar hasta el monstruo y cortarle la cabeza con la hoz provista por Hermes.
Faltaba poco más de media hora para el encuentro con Medusa, y Gabriel no pudo evitar una sensación de inquietud eñ la boca del estómago. No quería admitirlo pero estaba asustado. Es absurdo, pensó. ¿Qué puede pasarme? ¿Qué mal puede hacerme una chica?
El guía contaba ahora la historia de la estatua de Perseo. Gabriel prestó atención: Benvenuto Cellini, uno de los grandes escultores del Renacimiento, intentó fundirla, durante una tempestad horrible, en un horno que estalló. Para reponer el metal de la estatua, a Cellini no le quedó otro remedio que fundir la vajilla en que cocinaba y comía. Gabriel recordó entonces que, salvando las distancias, también a él le había pasado algo extraño con las ilustraciones. En lo que fue el único suceso infortunado del trabajo, la computadora había, literalmente, devorado los primeros bocetos. De modo que debió reconstruirlos durante dos días y dos noches enteras de labor. Felizmente, lo había logrado y no podía quejarse de los resultados. Pero, de todos modos, esta «coincidencia» lo inquietó aún más. Quizás no era

una buena idea conocer a Medusa. Quizás era mejor marcharse ya mismo. Sin pensarlo ni un segundo, giró para irse cuando sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro al tiempo que oyó una dulce voz preguntar en español con acento italiano:

—Es bellísima, ¿cierto?

Se dio vuelta para ver a la que hablaba. Era una chica delgada, de mediana estatura, con los cabellos castaños enrulados y unos enormes ojos verdes.

—Soy Gabriel Perseo —dijo el muchacho pensando en la tontería que había estado a punto de cometer.

—Perseo —repitió ella cantarinamente—. Yo soy Medusa.



—¿Ese es tu verdadero nombre? —preguntó curioso Gabriel.
—Me llaman así desde chica —respondió ella dejando ver, al sonreír, sus dientes ligeramente separados.
Mientras recorrían la Loggia de la Signoria, deteniéndose frente a cada una de las esculturas, ella contó que desde «piccolina» le había fascinado la historia de Medusa y Perseo. De ahí, el apodo con que todos la conocían. Por eso, cuando apareció un pedido en la Internet firmado por Perseo, sintió que ese mensaje le pertenecía. Ahora el destino navega en Internet, dijo riéndose. Gabriel volvió a agradecerle su ayuda sin la cual, dijo humildemente,

jamás habría ganado un premio tan importante. A ella le encantó la agenda con pinturas de Aubrey Beardsley que él había comprado en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.
—Es uno de mis pintores preferidos —dijo con su aire lánguido.
Gabriel pensó que ella misma parecía salida de uno de los cuadros de Beardsley.
Los días que siguieron fueron inolvidables. La.chica, que conocía a fondo la ciudad y sus tesoros, era una estupenda guía. De su mano y a través de palacios, museos y galerías, Gabriel recorrió, paso a paso, el camino del arte. Por las tardes, vagabundeaban por zonas menos turísticas y muy pintorescas.
Fue en el piazzale Michelangelo, con su magnífica vista de la ciudad, donde se besaron por primera vez. Más tarde, comieron «pesci» en un pequeño y encantador restaurant y rieron de los temores del muchacho antes del encuentro.
—¿Creíste de verdad que, al mirarme y ver «mi horrible rostro y mis cabellos de serpiente», te convertirías en piedra? —preguntaba ella besándolo una y otra vez.
—Seguramente tenía miedo a lo desconocido —respondía él cuando ella dejaba de besarlo.
Medusa vivía y tenía su taller en un loft con una espectacular vista al Arno. También sus esculturas, trabajadas en pasta piedra, eran espectaculares. Las divinidades de los Infiernos, los demonios, los monstruos mitológicos tomaban cuerpo recreados por la artista. Ahora, ella se proponía lograr una escultura del héroe Perseo tan perfecta como la de Cellini. Hacía meses que trabajaba en el proyecto con resultados insatisfactorios.

Sobre las paredes del estudio, sobre la mesa de trabajo había cientos de bocetos, prueba de la obsesión y de la búsqueda.
—Estuve pensando —dijo la chica mirando fijamente a Gabriel —que serías el modelo ideal para mi Perseo.
—Soy incapaz de quedarme quieto ni cinco minutos —respondió él, que se sintió-muy halagado por la propuesta.

—Y yo soy muy rápida para bocetar —dijo ella mientras buscaba lápiz y papel.
Y así fue: en menos de una hora, Medusa había tomado más de diez apuntes de su modelo.
Esa noche, se amaron en medio de las esculturas monstruosas.
—Ésa es Hécate, la diosa de todos los horrores nocturnos —decía Medusa con la boca pegada a la oreja de Gabriel, señalando una escultura de tres cuerpos.
—¡Me estás haciendo cosquillas! —reía él sin atender a la seriedad del tema.
—Y aquél es Cerbero, portero de los Infiernos —seguía ella, mostrándole un perro de aspecto feroz—. Esas otras son las Erinias, que persiguen a los criminales. Y ése, Polifemo, el cíclope cegado por el astuto Ulises. Pero la mejor de mis esculturas, será la de Perseo y Medusa —concluyó antes de quedarse dormida.
Al día siguiente, cuando abrió los ojos, Gabriel se dio cuenta de que la chica no estaba á su lado. Saltó de la cama y bajó al taller. El piso estaba alfombrado de bocetos.
Cientos de dibujos reproducían sus rasgos en el rostro de

Perseo. Se inclinó y recogió uno. Entonces reparó en que, para dibujar la cabeza cortada de Medusa, ella se había tomado a sí misma como modelo.
—¿Qué te parece? —la voz, a sus espaldas, lo sobresaltó.

—¿Cuándo hiciste todo esto? —preguntó a su vez, girando para mirarla.
—Mientras dormías —respondió—. No me dijiste qué te parece.
—Muy bueno —dijo sintiéndose inquieto sin saber por qué.
Desayunaron café con croissants, mientras Medusa hacía planes para la semana. Enumeró las galerías y palacios que todavía no habían visto y los alrededores que les faltaba recorrer. Gabriel le recordó que solo le quedaban tres días en Florencia: el viernes por la noche regresaría a la Argentina.
—¡Quédate! —dijo ella con vehemencia.
—Querría hacerlo —respondió él—. Pero tengo que volver a mi trabajo, a mi familia, a mis amigos.
—Yo no necesito a nadie más que a ti —lo interrumpió la chica echándole los brazos al cuello.
Desprendiéndose suavemente, Gabriel le dijo que no exagerara. Que hacía muy poco que se conocían y que nadie se convierte en indispensable para otro en tan corto tiempo.
—Supe que eras para mí desde que vi tu pedido en la pantalla de mi computadora —respondió Medusa con la más absoluta seguridad—. Es el destino, Perseo.
—Me llamo Gabriel. Perseo es mi apellido —contestó él con tono de enojo contenido.

—Lo sé —dijo ella y lo apaciguó con una sonrisa. Luego, agregó:

• ■—Salgamos. La mañana está espléndida y todavía hay mucho para ver en Florencia.

La insistencia de Medusa en que se quedara se convirtió en un peso para Gabriel que ya no disfrutaba de los paseos de esos últimos días. No quería herirla: la chica le gustaba mucho. También le estaba agradecido por su generosidad. Pero, por momentos, su reclamo lo ahogaba.
El día de la partida fue despertado por fuertes sollozos que venían desde el taller. Se levantó de la cama y se asomó desde arriba. Lo que vio lo dejó petrificado. Desde el suelo, decenas de cabezas iguales a la suya, lo miraban.
—¡Es inútil, inútil! —clamaba Medusa—. Nunca lograré un Perseo como el que sueño.
Mientras bajaba la escalera para intentar consolarla, Gabriel pensó que, por suerte, se iría en pocas horas.
—Vamos, vamos, tranquila —le dijo ayudándola a levantarse—. Quiero que me cuentes qué tienen de malo estas cabezas. Para mí están perfectas. Además me impresiona el parecido que tienen conmigo.
Por un momento, Medusa dejó de sollozar y lo miró.
—¿De veras crees que están bien? —preguntó. —Claro que sí —respondió seguro.

—¡No, no! ¡Lo dices porque te vas! ¡Para que me quede tranquila! —gritó.

—Cálmate, por favor, cálmate —le rogó él—. No es así. Es la verdad, lo que creo de verdad.
Ella volvió a sollozar. Luego preguntó:
—¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?
—A las 22.
—Entonces, estás totalmente decidido a irte.
—Tenemos unas cuantas horas por delante, ¿por qué no las aprovechamos para salir? —propuso, con ternura, Gabriel.
Pero ella le dijo que no. Que, como último favor, le permitiera tomarle un molde en yeso. Así, él se quedaría para siempre en Florencia y ella lograría hacer la estatua de Perseo que deseaba. Gabriel accedió, aliviado de haber encontrado una salida. Siguiendo las indicaciones de Medusa se acostó, desnudo, sobre la mesa de trabajo. La es-cultora trajo un balde lleno de yeso y empezó a cubrirle el cuerpo. La mezcla era fría y lechosa y a Gabriel le daba impresión sentirla.
—¿Cuánto tiempo tengo que estar así? —preguntó mientras pensaba que, por suerte, era el último sacrificio que debía hacer.
—Unos minutos, hasta que endurezca —dijo ella tranquila.
Con una espátula, le aplicó la mezcla en la cara: cubrió la frente, los párpados, la nariz —dejando libres las fosas nasales— y los labios.

Gabriel empezó a sentir que se ahogaba. Intentó decir algo pero la mezcla se le metió en la boca.
—Mientras endurece, voy a hacer café —dijo ella y salió.
Se quedó solo en la oscuridad. Pasó un largo tiempo. Todo estaba en silencio. No se oía —como era habitual— ni el

molinillo del café, ni las tacitas contra los platos, ni el sonido de las cucharitas. Nada. De pronto, un pensamiento asomó, insidioso: ¿y si fuera una trampa? ¡No!, se dijo rechazando la idea. Prestó atención para capturar algún ruido familiar que lo tranqulizara. El silencio era tan cerrado como la oscuridad en que estaba. Intentó levantar un brazo: no pudo. Probó incorporarse. Imposible. Al endurecer, la mezcla lo había dejado pegado a la mesa. «Así te quedarás en Florencia para siempre y yo tendré la estatua de Per-seo que deseo», las palabras de Medusa resonaron en su interior con su verdadero y terrible sentido. ¡¿Cómo no lo había entendido antes?! ¡Era una trampa, una trampa! Quiso gritar: su boca estaba sellada. Se ahogó de terror.

—¡Sáquenme de aquí! —aulló en su mudez.

Ella no volvía. No volvería, estaba seguro. Lo dejaría allí, en la tumba de yeso, mientras el avión partía, se iba sin él que no regresaría jamás a Buenos Aires. «¡Quédate, quédate, quédate!» Como un eco, el pedido de Medusa golpeó, una y otra vez, en su memoria. ¡Qué idiota había sido! ¡Cómo no se había dado cuenta! Lo exhibiría en medio de las esculturas monstruosas. Sería uno más junto a Hécate, al Minotauro, a Polifemo. ¡Estaba loca, rematadamente loca! Entonces, recién entonces pudo verla como realmente era: la cara deformada por la furia, los rulos convertidos en serpientes venenosas. Sintió que el corazón le golpeaba tan fuerte dentro del pecho que tuvo miedo de que estallara. Pensó que nadie sabía dónde estaba. Su familia tenía el teléfono del hotel pero él no había dejado allí el número de la chica. Hasta que empezaran a buscarlo, sería un cadáver de piedra. Maldijo el momento en que aceptó ilustrar el libro. Maldijo a la

Internet que lo había puesto en contacto con esa loca. Prometió que si salía de ésta devolvería el premio. Que nunca, nunca más en la vida ilustraría un solo cuento de terror. ¡Cómo se le había pasado siquiera por la cabeza que un libro llamado *Amores que matan* y que solo trataba de amores desgraciados podría traerle suerte y no hacérsela pagar! Debió haberlo sabido cuando la computadora se tragó los primeros bocetos: ¡era Aína advertencia, un aviso de los dioses! ¿Por qué no lo había escuchado? No podía más. Le faltaba el aire. Se estaba ahogando. ¡Se moría, se moría!

—Esto ya endureció lo suficiente —oyó la voz al tiempo que le quitaban la máscara y todo el aire junto llegaba a sus pulmones. Abrió los ojos como quien vuelve de la muerte: Medusa le sonreía.

—Todo salió muy bien —elijo tranquila—. Ahora tendré el Perseo que deseaba.

—¿Cuántas horas me dejaste acá? —preguntó con toda la violencia del miedo que había vivido.

—Exactamente veinte minutos —respondió ella de lo más natural.

—Me pareció una eternidad —dijo Gabriel.

—Estoy segura de eso —afirmó Medusa.
Él no se animó a preguntarle, aun cuando deseaba hacerlo, si a ella, en algún momento, se le había pasado por la cabeza dejarlo metido ahí adentro para siempre.
Como si le hubiera leído el pensamiento y mostrándole el molde que acababa de tomarle Medusa dijo:
—Ahora te convertiré en piedra. Ya lo ves: el mito se cumple —ironizó.
Al llegar a Buenos Aires, lo primero que Gabriel hizo fue cambiar su nombre de acceso a Internet. Si algo había aprendido, con absoluta seguridad, es que con *los dioses no se Juega,*

Lucía Laragione

Nació en Buenos Aires en 1946. Escritora y redactora publicitaria, ha publicado libros de poesía y teatro para adultos. Entre sus obras para niños podemos mencionar *La bicicleta voladora, Llorar de risa* y *El pirata y la Luna.*